



EL CREDO

NICENO-CONSTANTINOPOLITANO

EXPOSICIÓN ORTODOXA
ARTÍCULO POR ARTÍCULO

«Creo en un solo Dios...»



NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

PALABRAS INICIALES

Este libro ha sido escrito con el deseo de compartir una contemplación personal del Santo Credo Niceno-Constantinopolitano. A lo largo de los siglos, innumerables santos, teólogos y pastores han profundizado en estas palabras que resumen la fe de la Iglesia. Las páginas que siguen no pretenden agotar la riqueza de este tesoro inagotable, sino ofrecer una humilde reflexión nacida de la oración, del ministerio pastoral y del amor por la Santa Iglesia Ortodoxa.

Mi mayor anhelo es que, al recorrer cada artículo del Credo, el lector descubra que no se encuentra únicamente ante una formulación doctrinal, sino ante la manifestación del inmenso amor de Dios por la humanidad. Cada palabra del Credo nos conduce al misterio de la salvación y nos invita a entrar en una comunión más profunda con el Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo.

Si estas páginas ayudan, aunque sea a un solo corazón, a amar más a Cristo, a comprender mejor la fe apostólica y a vivirla con mayor fidelidad, consideraré cumplido su propósito.

Reciban mi bendición pastoral y mi oración, confiando en que nuestro Señor Jesucristo ilumine sus corazones y fortalezca su fe.

A Él, junto con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor, toda gloria y toda adoración, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.



Basilio

Arzobispo de Santiago y todo Chile.
True Orthodox Church of the Diaspora.
Cel./WhatsApp+56990537432.
Website: <https://www.toc-d.net>

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo I

«Creo en un solo Dios, Padre»

La confesión del principio de toda la fe ortodoxa

Toda la vida cristiana comienza con una confesión. El Símbolo Niceno-Constantinopolitano no inicia con una explicación filosófica ni con una reflexión moral, sino con una profesión de fe: «**Creo...**». La Iglesia no dice «sabemos» ni «imaginamos», sino «creo», porque la fe es la respuesta libre del hombre a la revelación de Dios. Es una adhesión del corazón, de la mente y de toda la existencia a la verdad revelada por el mismo Señor.

La palabra «**creo**» (griego *Πιστεύω*, eslavo eclesiástico *Вѣрую*) significa mucho más que aceptar intelectualmente una doctrina. En el lenguaje de las Sagradas Escrituras implica confianza absoluta, obediencia, fidelidad y entrega total a Dios. Creer es apoyarse completamente en Él, como un niño se abandona en los brazos de su padre.

Nuestro Señor Jesucristo enseñó que la fe es la puerta de la salvación:

«El que cree y sea bautizado será salvo; mas el que no crea será condenado.»

(Marcos 16:16).

Por ello, el Credo no es simplemente un resumen doctrinal, sino el fundamento mismo sobre el cual descansa toda la vida de la Iglesia.

«En un solo Dios»

La primera verdad proclamada por la Iglesia es la absoluta unidad de Dios.

Desde el Antiguo Testamento, el pueblo elegido recibió esta revelación:

«Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.»

(Deuteronomio 6:4).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Iglesia conserva íntegramente esta confesión. Existe un solo Dios verdadero. No hay muchos dioses, ni fuerzas divinas contrapuestas, ni principios eternos del bien y del mal. Toda la creación procede de un único Creador.

Esta afirmación fue especialmente importante en el siglo IV, cuando el mundo aún conservaba numerosas formas de paganismo y diferentes corrientes filosóficas proponían múltiples divinidades o principios cósmicos. Los Santos Padres reafirmaron que solamente existe un Dios, eterno, increado, infinito e inmutable.

San Basilio el Grande enseña:

«La naturaleza divina es una, simple, indivisible e incomprensible.»

San Gregorio el Teólogo afirma:

«No adoramos tres dioses, sino un solo Dios en tres Personas.»

Así, el Credo comienza estableciendo el fundamento sobre el cual luego revelará el misterio de la Santísima Trinidad.

La unidad de Dios no contradice la Trinidad

Cuando confesamos un solo Dios no estamos negando al Hijo ni al Espíritu Santo.

La Iglesia jamás enseñó que el Padre sea el único que posee divinidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen una única naturaleza divina, una sola esencia (*οὐσία*), una sola gloria, un solo poder y una sola eternidad.

El Padre no es más Dios que el Hijo.

El Hijo no es inferior al Padre.

El Espíritu Santo no posee una divinidad distinta.

Existe una sola esencia divina compartida plenamente por las tres Personas.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Esta verdad fue definida por el Primer Concilio Ecuménico reunido en Nicea el año 325 y completada por el Segundo Concilio Ecuménico celebrado en Constantinopla el año 381.

«Padre»

Después de afirmar la unidad divina, el Credo llama a Dios **Padre**.

Este nombre posee dos significados inseparables.

El Padre eterno del Hijo eterno

Antes de toda creación, antes del tiempo, antes de los siglos, Dios es Padre porque eternamente engendra al Hijo.

No llegó a ser Padre cuando creó el universo.

No comenzó a ser Padre cuando apareció el hombre.

El Padre es eternamente Padre porque eternamente existe el Hijo.

Como enseña San Atanasio el Grande:

«Nunca hubo un tiempo en que el Padre estuviera sin el Hijo.»

La generación del Hijo es un misterio eterno, incomprensible para toda inteligencia creada. No implica cambio, división ni comienzo. El Padre comunica eternamente toda la plenitud de la naturaleza divina al Hijo.

Por eso el Credo dirá posteriormente:

«Engendrado del Padre antes de todos los siglos.»

Así se distingue claramente la generación eterna del Hijo respecto de la creación del universo.

El Hijo es engendrado.

El mundo es creado.

El Hijo participa plenamente de la naturaleza divina.

La creación participa solamente por gracia de los dones de Dios.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Padre de quienes reciben la adopción

Dios también es llamado Padre respecto de los hombres, aunque de un modo completamente distinto.

No somos hijos por naturaleza como lo es Cristo.

Somos hijos por adopción.

San Pablo escribe:

«Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!»

(Romanos 8:15).

Por el Bautismo, el hombre entra en la familia de Dios y recibe la gracia de llamar Padre al Creador del universo.

Sin embargo, esta filiación depende enteramente de la gracia divina y nunca iguala la filiación eterna del Verbo.

Cristo es Hijo por naturaleza.

Nosotros somos hijos por adopción.

Ésta es una diferencia esencial que la Iglesia siempre ha protegido frente a toda confusión doctrinal.

La paternidad divina y la providencia

Llamar Padre a Dios también manifiesta su amor providente hacia toda la creación.

El Padre sostiene el universo con su poder.

Gobierna todas las cosas con sabiduría.

Permite las pruebas para nuestra salvación.

Conduce la historia hacia el cumplimiento de su voluntad.

Nada escapa a su providencia.

Jesucristo dijo:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Mirad las aves del cielo... vuestro Padre celestial las alimenta.»
(Mateo 6:26).

Y también:

«Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.»
(Mateo 10:30).

La providencia divina no elimina la libertad humana, sino que guía todas las cosas con infinita sabiduría hacia el bien de quienes aman a Dios.

La respuesta del creyente

Confesar:

«Creo en un solo Dios, Padre»

no consiste únicamente en repetir unas palabras durante la Divina Liturgia.

Es reconocer que toda nuestra existencia proviene de Dios.

Es renunciar a toda forma de idolatría.

Es abandonar la confianza absoluta en las riquezas, el poder, la ciencia o las propias fuerzas.

Es poner toda esperanza únicamente en el Padre celestial.

El cristiano que verdaderamente cree vive como hijo de Dios.

Ora con confianza.

Acepta las pruebas con paciencia.

Da gracias en la prosperidad y en la adversidad.

Perdona porque ha sido perdonado.

Ama porque primero ha sido amado.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo II

«Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible e invisible»

La confesión del Credo continúa revelando quién es Aquel en quien creemos. Después de proclamar: **«Creo en un solo Dios, Padre»**, la Iglesia añade tres verdades inseparables: Dios es **Omnipotente, Creador y Providente**. Estas palabras no constituyen meros títulos honoríficos, sino que expresan la realidad de Dios tal como Él mismo se ha revelado a la humanidad.

El cristiano no cree en un dios limitado por el tiempo o el espacio, ni en una fuerza impersonal que gobierna el universo de manera ciega. Cree en el Padre todopoderoso, cuya sabiduría, poder y amor sostienen todas las cosas.

«Padre Omnipotente»

El Credo utiliza el término griego Παντοκράτωρ (Pantokrátor), que significa literalmente **«el que tiene poder sobre todas las cosas»**, **«el Soberano del universo»** o **«el que todo lo gobierna»**. En el eslavo eclesiástico se traduce como Вседержитель (Vsederzhítel'), **«Aquel que sostiene todas las cosas»**.

La omnipotencia divina no debe entenderse como un poder arbitrario o caprichoso. Dios no actúa de manera irracional ni contradictoria. Su poder está inseparablemente unido a su santidad, justicia, sabiduría y amor. Por ello, la Iglesia enseña que Dios puede realizar todo cuanto corresponde a su naturaleza divina; nunca obra el mal, nunca miente y nunca deja de ser quien es.

La Sagrada Escritura proclama:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.»
(*Génesis 17:1*).

Y el ángel Gabriel anuncia a la Santísima Virgen:

«Porque para Dios nada hay imposible.»
(*Lucas 1:37*).

La omnipotencia de Dios no significa que destruya la libertad humana. Él gobierna el universo con infinita sabiduría, respetando la libertad que concedió a sus criaturas racionales y conduciendo la historia hacia el cumplimiento de su designio salvífico.

Dios, Creador de todas las cosas

El Credo afirma inmediatamente que este Padre omnipotente es el **Creador del cielo y de la tierra**.

Crear significa dar existencia a aquello que antes no existía. La Iglesia enseña que Dios creó el universo **de la nada** (*ex nihilo*), no utilizando una materia preexistente ni transformando una sustancia eterna. Antes de la creación no existía sino Dios, eterno, increado y perfecto.

El primer versículo de la Sagrada Escritura proclama:

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.»
(*Génesis 1:1*).

Con estas palabras queda excluida toda idea de un universo eterno o independiente de Dios. Todo cuanto existe recibe su ser del Creador y depende continuamente de Él.

San Basilio el Grande, en su **Hexaemerón**, enseña que la creación es fruto de la libre voluntad divina. Dios no creó por necesidad, ni porque le faltara algo, sino por la sobreabundancia de su bondad. La creación es un don del amor divino, destinado a manifestar la gloria del Creador.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Del cielo y de la tierra»

La expresión bíblica «cielo y tierra» designa la totalidad del universo creado. No se refiere únicamente al firmamento visible y al suelo que habitamos, sino a todo cuanto existe dentro del orden de la creación.

El cielo manifiesta la inmensidad de la obra divina; la tierra revela la riqueza y diversidad de la vida. El salmista canta:

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.»

(Salmo 18 [19]:1).

Cada criatura refleja, a su manera, la sabiduría del Creador. Desde las galaxias más lejanas hasta la más pequeña flor del campo, todo proclama la grandeza de Dios. La contemplación de la creación conduce al creyente a la adoración y a la acción de gracias.

Todo lo visible

La Iglesia afirma que Dios creó el mundo visible, es decir, toda la realidad material. El cuerpo humano, los animales, las plantas, los mares, las montañas y los astros son obras de las manos de Dios.

Por esta razón, la fe ortodoxa rechaza toda doctrina que considere la materia como mala en sí misma. Desde los primeros siglos, la Iglesia combatió las enseñanzas gnósticas y maniqueas, que despreciaban el mundo material y lo atribuían a un principio inferior o maligno.

El libro del Génesis repite al final de cada jornada creadora:

«Y vio Dios que era bueno.»

Y al concluir toda la creación declara:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno.»
(*Génesis 1:31*).

La materia no es mala; fue creada buena. El pecado no pertenece a la naturaleza de la creación, sino que entró en el mundo por la desobediencia del hombre.

Esta verdad alcanza su máxima confirmación en la Encarnación del Verbo. El Hijo de Dios asumió un cuerpo verdadero, santificando la naturaleza humana y mostrando que la materia puede ser instrumento de la gracia. Por ello, la Iglesia venera los santos iconos, utiliza el agua del Bautismo, el óleo de la Santa Unción, el pan y el vino de la Divina Eucaristía: la creación material participa en la economía de la salvación.

Todo lo invisible

Además del mundo material, Dios creó el mundo invisible, compuesto por los seres espirituales.

Los santos ángeles son criaturas personales, inteligentes e incorpóreas. No existen desde la eternidad, sino que fueron creados por Dios para servirle y cumplir su voluntad.

La Sagrada Escritura dice:

«¿No son todos ellos espíritus servidores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?»
(*Hebreos 1:14*).

La tradición de la Iglesia habla de los nueve coros angélicos: Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines. Todos glorifican sin cesar al Dios Trino, proclamando:

«Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos.»
(*Isaías 6:3*).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Algunos ángeles, sin embargo, abusaron de la libertad que Dios les concedió y se rebelaron contra su Creador. Así surgieron los demonios. La Iglesia enseña que éstos no fueron creados malos; fueron creados buenos, pero cayeron por orgullo y desobediencia. Permanecen como seres espirituales, privados de la comunión con Dios y empeñados en apartar al hombre del camino de la salvación.

La Providencia divina

La creación no fue un acto aislado que Dios abandonó después de realizarlo. El mismo Dios que creó el universo lo sostiene continuamente con su poder y lo gobierna con infinita sabiduría. Esta acción permanente recibe el nombre de **Providencia**.

Nuestro Señor Jesucristo enseña:

«Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta.»
(*Mateo 6:26*).

Y también:

«¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre.»
(*Mateo 10:29*).

Nada escapa al conocimiento ni al cuidado de Dios. Su Providencia no suprime la libertad humana, sino que obra misteriosamente en la historia para conducir todas las cosas hacia el bien de quienes le aman (cf. Romanos 8:28).

Aun cuando el creyente no comprende el sentido de ciertas pruebas, sabe que el Padre celestial no abandona jamás a sus hijos. La cruz misma de Cristo, escándalo para el mundo, se convirtió por la Providencia divina en instrumento de salvación para toda la humanidad.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La creación y la responsabilidad del hombre

Si Dios es el Creador de todo cuanto existe, el hombre está llamado a administrar la creación con sabiduría y gratitud. No es dueño absoluto del mundo, sino su custodio. La creación pertenece a Dios y ha sido confiada al hombre para que la cultive y la preserve.

Toda explotación egoísta, toda destrucción irresponsable de la naturaleza y toda forma de desprecio por la obra creadora contradicen la vocación que el Creador confió al ser humano.

La contemplación del universo debe conducir al creyente a la humildad. Frente a la inmensidad de la creación, el hombre descubre su pequeñez, pero también la dignidad incomparable que recibe al haber sido creado a imagen y semejanza de Dios.

La confianza en el Padre Todopoderoso

Confesar que Dios es el Padre Omnipotente fortalece la esperanza del cristiano. Ninguna dificultad es superior al poder de Dios; ninguna prueba queda fuera de su Providencia. Esto no significa que el creyente esté exento del sufrimiento, sino que puede afrontarlo con la certeza de que el Señor permanece siempre fiel.

La omnipotencia divina no se manifiesta únicamente en los grandes prodigios narrados por la Escritura, sino también en la acción silenciosa de la gracia, que transforma el corazón del pecador, sostiene a los mártires en la persecución y fortalece a los fieles en las pruebas cotidianas.

El verdadero poder de Dios se revela en su amor, que vence el pecado y la muerte por medio de Cristo. Por ello, el cristiano no teme el futuro, sino que deposita toda su confianza en el Padre celestial, sabiendo que «el Señor reina» y que su voluntad conduce finalmente a la victoria del Reino.

Al proclamar: «Creo en un solo Dios, Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible e invisible», la Iglesia confiesa que todo

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

cuanto existe procede del amor creador de Dios y permanece sostenido por su Providencia. Nada es fruto del azar ni existe independientemente de Él. El universo visible y el invisible, los ángeles y los hombres, la materia y el espíritu, encuentran su origen y su finalidad en el único Dios verdadero.

Esta confesión invita al creyente a vivir con humildad, gratitud y confianza. Humildad, porque todo lo ha recibido del Creador; gratitud, porque la creación es un don de su bondad; y confianza, porque el Padre Todopoderoso guía con sabiduría todas las cosas hacia el cumplimiento de su voluntad salvadora. Así, la contemplación de la obra divina conduce al alma a glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. **Amén.**

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO III

«Y en un solo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, Unigénito»

Después de proclamar la fe en el Padre omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, el Símbolo Niceno-Constantinopolitano dirige inmediatamente nuestra mirada hacia la segunda Persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa:

«Y en un solo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, Unigénito.»

Estas palabras constituyen el centro mismo de la fe cristiana. Toda la economía de la salvación, desde la creación hasta la consumación de los siglos, converge en la Persona de Jesucristo. Él es el Verbo eterno del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas (cf. Juan 1:3), el Salvador del mundo, el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza y el Rey cuyo Reino no tendrá fin.

El cristianismo no es, ante todo, un sistema filosófico ni un código moral. Es la revelación de Dios en la Persona de su Hijo eterno. Como enseña el Apóstol San Pablo:

«Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.»

(1 Corintios 3:11).

Por ello, la Iglesia ha defendido con firmeza la verdad sobre Cristo frente a toda doctrina que pretendiera disminuir su divinidad o alterar el misterio de su Persona. Los Concilios Ecuménicos, guiados por el Espíritu Santo, no introdujeron una fe nueva, sino que preservaron fielmente la enseñanza apostólica.

«Y en un solo Señor»

El Credo llama a Jesucristo Señor. En el texto griego aparece la palabra Κύριος (Kyrios), y en el eslavo eclesiástico Господь (Gospod'). Este título no expresa únicamente respeto o autoridad humana; posee un significado profundamente divino.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

En el Antiguo Testamento, el nombre sagrado de Dios, revelado a Moisés en la zarza ardiente, era considerado tan santo que los judíos evitaban pronunciarlo. En la traducción griega de los Setenta, ese Nombre fue traducido por Kyrios, «Señor». Cuando los Apóstoles llaman Señor a Jesucristo, están confesando que Él participa plenamente de la identidad divina del Dios de Israel.

San Pablo escribe:

«Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas y para quien existimos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por quien nosotros existimos.»
(1 Corintios 8:6).

Aquí el Apóstol no establece una oposición entre el Padre y el Hijo, sino que incorpora a Jesucristo en la confesión del único Dios. El Padre y el Hijo participan de la misma naturaleza divina, aunque se distinguen personalmente.

Después de la Resurrección, el Apóstol Santo Tomás, al contemplar al Señor glorificado, exclamó:

«¡Señor mío y Dios mío!»
(Juan 20:28).

Jesucristo aceptó esta confesión sin corregir a Tomás, porque verdaderamente es Dios. Si hubiera sido solamente un hombre o una criatura excelsa, habría rechazado semejante adoración. Sin embargo, la recibe como corresponde al Hijo eterno del Padre.

Asimismo, el himno cristológico de la Epístola a los Filipenses proclama:

«Dios le exaltó hasta lo sumo y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.»
(Filipenses 2:9-11).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Esta confesión no resta gloria al Padre; por el contrario, glorifica al Padre, pues reconocer al Hijo como Señor es reconocer la obra salvífica de Dios.

El Nombre de Jesús

El nombre Jesús proviene del hebreo Yehoshúa o su forma abreviada Yeshúa, cuyo significado es: «El Señor salva» o «Dios es salvación».

Este nombre no fue elegido por voluntad humana. Fue revelado por Dios mediante el Arcángel Gabriel antes del nacimiento del Salvador.

El Evangelio según San Mateo narra:

«Le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.»

(Mateo 1:21).

Así, el nombre mismo del Salvador manifiesta su misión. Jesucristo vino al mundo para librar al hombre del pecado, de la muerte y del poder del diablo. No vino simplemente a ofrecer enseñanzas elevadas o un ejemplo moral, sino a reconciliar al hombre con Dios mediante su Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección.

Los Santos Padres subrayan que el nombre de Jesús es fuente de consuelo, fortaleza y salvación para los fieles. San Juan Crisóstomo enseña que la invocación del Nombre del Señor fortalece el alma contra las tentaciones y recuerda constantemente la presencia de Cristo.

La tradición hesicasta de la Iglesia Ortodoxa ha conservado esta enseñanza mediante la Oración de Jesús:

«Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.»

Esta oración, repetida con humildad, atención y arrepentimiento, une el corazón del creyente con Cristo y lo dispone para recibir la gracia del Espíritu Santo. No es una fórmula mágica, sino una invocación llena de fe, inspirada en el Evangelio y practicada por innumerables santos a lo largo de los siglos.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

El título de Cristo

La palabra Cristo no es un apellido, sino un título. Procede del griego Χριστός (Christós), que significa «Ungido». Corresponde al hebreo Mesías, esperado por Israel desde antiguo.

En el Antiguo Testamento eran ungidos con óleo los reyes, los sacerdotes y, en ocasiones, los profetas. La unción era un signo visible de la elección divina y de la misión confiada por Dios.

Jesucristo reúne en sí estas tres dignidades:

Como Profeta, revela plenamente la voluntad del Padre. No transmite una palabra recibida de otro, sino que habla con autoridad divina: «En verdad, en verdad os digo...».

Como Sumo Sacerdote, se ofrece a sí mismo en sacrificio por la salvación del mundo. A diferencia de los sacerdotes de la Antigua Alianza, no ofrece sangre ajena, sino su propia Sangre, derramada «para el perdón de los pecados».

Como Rey, gobierna un Reino que no es de este mundo (cf. Juan 18:36), pero que ya está presente en la Iglesia y alcanzará su plenitud en la consumación de los siglos.

Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento encuentran en Él su cumplimiento. Isaías anuncia al Siervo doliente; Miqueas profetiza el nacimiento del Mesías en Belén; Zacarías describe la entrada del Rey humilde en Jerusalén; David canta en los Salmos la gloria del Ungido del Señor. Todo converge en Jesucristo, el Mesías prometido.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO III

«*El Hijo de Dios*»

Después de proclamar que Jesucristo es el único Señor y el Mesías esperado, el Credo añade una expresión de inmensa profundidad:

«El Hijo de Dios».

Estas palabras distinguen radicalmente a Jesucristo de todos los hombres y de todas las criaturas. En las Sagradas Escrituras, algunos son llamados "hijos de Dios" por adopción, por gracia o por elección divina. Israel recibe este nombre (Éxodo 4:22), los ángeles son llamados hijos de Dios en algunos pasajes del Antiguo Testamento (Job 1:6), y los cristianos llegan a ser hijos de Dios mediante el Bautismo y la gracia del Espíritu Santo.

Sin embargo, cuando la Iglesia llama a Jesucristo **el Hijo de Dios**, lo hace en un sentido absolutamente único. Él no es Hijo por adopción, sino **por naturaleza**. Es el Hijo eterno del Padre, que posee desde toda la eternidad la misma esencia divina.

El prólogo del Evangelio según San Juan proclama esta verdad con admirable claridad:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.»

(Juan 1:1).

El Evangelista no dice que el Verbo llegó a ser Dios, ni que fue elevado a la divinidad por algún mérito. Afirma que **era Dios** desde el principio, antes de toda creación y antes del tiempo mismo.

Más adelante añade:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.»
(Juan 1:14).

El Hijo eterno asumió nuestra naturaleza humana sin dejar de ser Dios. La Encarnación no disminuyó su divinidad; únicamente añadió a su Persona la naturaleza humana, perfecta y completa.

La revelación del Padre

El mismo Padre celestial dio testimonio de su Hijo durante la vida terrenal de Jesucristo.

En el Bautismo del Señor, el cielo se abrió y se oyó la voz del Padre:

«Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.»
(Mateo 3:17).

La misma declaración volvió a escucharse durante la Transfiguración en el Monte Tabor:

«Éste es mi Hijo amado; a Él oíd.»
(Mateo 17:5).

No son los hombres quienes atribuyen arbitrariamente a Jesús el título de Hijo de Dios. Es el propio Padre quien revela esta verdad.

Por ello, cuando el Apóstol San Pedro confesó:

«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

Nuestro Señor respondió:

«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.»
(Mateo 16:16-17).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La fe en Cristo como Hijo de Dios es un don del Padre y una obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente.

«Unigénito»

El Credo continúa diciendo:

«Unigénito».

Esta palabra traduce el término griego **Μονογενής (Monogenés)**, que significa **Único Engendrado** o **Único Hijo**.

La Iglesia utiliza este término para afirmar que solamente Cristo posee la filiación divina por naturaleza.

Nosotros somos hijos de Dios por adopción.

Cristo es Hijo por naturaleza.

Nosotros recibimos la gracia.

Cristo posee la plenitud de la naturaleza divina desde toda la eternidad.

Esta diferencia jamás debe confundirse.

El Evangelio de San Juan proclama:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito.»
(Juan 3:16).

Y también:

«A Dios nadie le vio jamás; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer.» (Juan 1:18).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La palabra **Unigénito** expresa la relación eterna e inefable entre el Padre y el Hijo. No describe un acontecimiento ocurrido en el tiempo, sino una realidad eterna, imposible de comprender plenamente por la inteligencia creada.

La generación eterna del Hijo

Aquí la Iglesia entra en uno de los misterios más profundos de la fe.

El Padre engendra eternamente al Hijo.

Esta generación no debe imaginarse como ocurre entre los seres humanos.

No existe un antes y un después.

No hay crecimiento.

No hay cambio.

No hay división.

No existe comienzo.

El Padre jamás estuvo sin el Hijo.

San Atanasio el Grande escribió:

«Nunca hubo un tiempo en que el Hijo no existiera.»

Esta frase resume toda la doctrina del Primer Concilio Ecuménico reunido en Nicea en el año 325.

Los Padres reunidos allí rechazaron la enseñanza del presbítero Arrio, quien afirmaba que el Hijo había sido creado antes del mundo y, por tanto, no era verdaderamente Dios.

Arrio repetía:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Hubo un tiempo en que el Hijo no existía.»

La Iglesia respondió con firmeza que semejante doctrina destruye la salvación.

Si Cristo fuera una criatura, no podría comunicar la vida divina.

Si fuera inferior al Padre, no podría reconciliar plenamente al hombre con Dios.

Si no fuera verdadero Dios, la adoración que la Iglesia le ofrece sería idolatría.

Por ello, el Concilio confesó solemnemente que el Hijo es **engendrado, no creado**, y que es **consustancial** (ὁμοούσιος) al Padre.

El testimonio de los Santos Padres

San Atanasio dedicó prácticamente toda su vida a defender esta verdad.

Él enseñaba que solamente Dios puede salvar al hombre.

Si Cristo no fuera Dios, la Redención sería imposible.

Escribía:

«El Verbo se hizo hombre para que el hombre llegara a participar de la vida divina.»

San Gregorio el Teólogo afirmaba:

«Lo que no fue asumido no fue sanado.»

Cristo asumió plenamente nuestra humanidad porque Él posee plenamente la divinidad.

San Basilio el Grande enseñó:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«El Hijo posee todo cuanto pertenece al Padre, excepto ser Padre.»

Con esta frase resume admirablemente la doctrina trinitaria: el Padre y el Hijo poseen una misma esencia divina, distinguiéndose únicamente por sus relaciones personales. El Padre es ingénito; el Hijo es eternamente engendrado por el Padre.

Nuestra filiación y la de Cristo

La Sagrada Escritura llama hijos de Dios a los creyentes.

San Juan escribe:

«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.»

(1 Juan 3:1).

Sin embargo, esta filiación es completamente distinta de la de Cristo.

Cristo nunca llegó a ser Hijo.

Siempre lo fue.

Nosotros llegamos a ser hijos mediante la gracia bautismal.

Cristo es Hijo por naturaleza.

Nosotros somos hijos por participación.

Cristo comparte eternamente la esencia divina del Padre.

Nosotros participamos de la vida divina únicamente por la gracia del Espíritu Santo.

Por ello, toda nuestra adopción filial depende de nuestra unión con Cristo. Solamente porque el Hijo eterno se hizo hombre podemos nosotros llegar a ser hijos adoptivos del Padre.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Cuando la Iglesia proclama que Jesucristo es «el Hijo de Dios, Unigénito», afirma una verdad eterna que constituye el fundamento de toda la fe cristiana. Él no es una criatura excelsa ni un hombre elevado por Dios a una dignidad superior, sino el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos, igual al Padre en divinidad, gloria y poder. En Él contemplamos el rostro del Padre y recibimos la gracia de ser hechos hijos adoptivos de Dios.

Su filiación es única e incommunicable; la nuestra es un don inmerecido. Por eso, toda la vida cristiana consiste en permanecer unidos al Hijo, para que, por Él y en Él, podamos clamar con confianza: «**Abba, Padre**» (Romanos 8:15).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO III

«Engendrado del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; consustancial al Padre»

Estas palabras representan una de las definiciones dogmáticas más sublimes de toda la fe cristiana. En ellas, la Iglesia confiesa con precisión la divinidad eterna del Hijo y responde a las herejías que, desde los primeros siglos, intentaron negar o disminuir su naturaleza divina.

El Símbolo Niceno no fue redactado para satisfacer curiosidades teológicas, sino para preservar intacta la verdad revelada por Cristo y transmitida por los Apóstoles. La Iglesia comprendió que cualquier error acerca de la Persona del Hijo conduciría inevitablemente a un error sobre la salvación misma.

«Engendrado del Padre antes de todos los siglos»

La generación del Hijo constituye un misterio eterno. Cuando el Credo afirma que el Hijo es engendrado, no utiliza esta palabra en el sentido humano, pues toda comparación con la generación natural resulta insuficiente para expresar el misterio divino.

La generación del Hijo es eterna, espiritual, perfecta e inmutable.

No ocurrió en un momento determinado.

No tuvo principio.

No tendrá fin.

No implica división de la esencia divina.

El Padre nunca existió sin el Hijo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Por eso el Credo añade:

«Antes de todos los siglos.»

La expresión «siglos» no designa solamente largos períodos de tiempo. En el lenguaje de los Santos Padres significa todo el orden temporal y toda la creación. Antes de que existiera el tiempo mismo, el Hijo ya existía eternamente con el Padre.

San Juan Evangelista expresa esta verdad con admirable sencillez:

«En el principio era el Verbo.»

No dice: «Comenzó a existir.»

Dice: «Era.» El verbo empleado por el Evangelista indica una existencia continua y eterna.

San Cirilo de Alejandría escribe:

«El Padre jamás estuvo privado de su Verbo, así como la luz jamás está separada de su resplandor.»

La generación no implica inferioridad

Los herejes arrianos interpretaban erróneamente la palabra «engendrado», suponiendo que aquello que es engendrado debía necesariamente tener un comienzo.

La Iglesia respondió que esta conclusión procede de trasladar indebidamente categorías humanas al misterio divino.

Entre los hombres, el padre existe antes que el hijo.

En Dios no existe un "antes" ni un "después".

El Padre es eternamente Padre.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

El Hijo es eternamente Hijo.

Nunca hubo un instante en que el Padre estuviera solo.

Por ello San Atanasio afirmaba:

«Así como nunca existe luz sin resplandor, tampoco existe Padre sin Hijo.»

Esta comparación fue utilizada con frecuencia por los Padres porque expresa simultáneamente la distinción y la inseparabilidad entre ambos.

«**Luz de Luz**»

El Credo continúa diciendo: «Luz de Luz.»

Esta breve expresión posee una riqueza inmensa.

La luz nace de la luz sin disminuirla. Cuando una llama enciende otra, la primera no pierde nada de su intensidad. Del mismo modo —aunque infinitamente más allá de toda comparación material— el Padre comunica eternamente al Hijo toda la plenitud de la divinidad sin perder nada de ella.

Cristo mismo declaró:

«Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.» (Juan 8:12).

Y San Juan escribe:

«Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna.» (1 Juan 1:5).

Los Padres vieron en esta expresión una manera admirable de enseñar que el Hijo participa plenamente de la misma naturaleza luminosa del Padre.

No existen dos luces diferentes. Existe una única luz divina que resplandece eternamente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

San Gregorio de Nisa explica:

«Así como del sol procede inseparablemente su resplandor, así procede eternamente el Hijo del Padre.»

Naturalmente, toda comparación resulta imperfecta, pues el misterio de Dios supera infinitamente cualquier imagen creada.

«Dios verdadero de Dios verdadero»

Con estas palabras, el Concilio de Nicea quiso excluir toda posibilidad de interpretar al Hijo como un dios secundario o inferior.

Cristo no es semejante a Dios.

No participa parcialmente de la divinidad.

No posee una naturaleza distinta.

Es verdadero Dios.

Así como el Padre es verdadero Dios, también el Hijo es verdadero Dios.

San Juan comienza su Evangelio diciendo: «El Verbo era Dios.»

No dice: «Parecido a Dios.»

Ni dice: «Un dios.»

Afirma categóricamente: «Era Dios.»

También el Apóstol Santo Tomás confesó después de la Resurrección:

«¡Señor mío y Dios mío!»

Jesucristo no rechazó esta confesión porque expresaba la verdad.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Iglesia, desde los tiempos apostólicos, ha adorado a Cristo como verdadero Dios. Los mártires entregaron su vida por esta verdad. Los Padres combatieron durante décadas para preservarla. Los Concilios Ecuménicos la definieron solemnemente. La importancia de esta afirmación

Si Cristo no fuera verdadero Dios, la adoración que la Iglesia le ofrece sería idolatría.

Si Cristo fuera solamente una criatura excelsa, el culto cristiano sería una violación del Primer Mandamiento.

Sin embargo, Cristo recibe adoración en numerosos pasajes del Evangelio.

Los Magos se postran ante Él. Los discípulos lo adoran después de calmar la tempestad. Las mujeres lo adoran tras la Resurrección. Los Apóstoles lo adoran al contemplar su Ascensión. Y el mismo libro del Apocalipsis presenta a toda la creación adorando al Cordero junto con el Padre.

La Iglesia jamás dudó de que esta adoración pertenece únicamente a Dios.

«Engendrado, no creado»

Esta frase fue añadida expresamente para responder a Arrio.

El Hijo es engendrado.

Las criaturas son creadas.

Entre ambos conceptos existe una diferencia absoluta. Crear significa producir algo de la nada. Engendrar, en Dios, significa comunicar eternamente la misma naturaleza divina.

Las criaturas poseen una naturaleza distinta de la del Creador.

El Hijo posee exactamente la misma naturaleza que el Padre.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Por ello no pertenece al orden de la creación.

San Atanasio insistía una y otra vez:

«El Hijo no pertenece a las cosas creadas, sino que es el Creador de ellas.»

San Pablo escribe:

«Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles... Todo fue creado por medio de Él y para Él.» (Colosenses 1:16).

Quien crea todas las cosas no puede formar parte de la creación.

«**Consustancial al Padre**»

Llegamos al término más importante del Credo niceno: **«Consustancial al Padre.»** En griego: Ὁμοούσιος τῷ Πατρί. Esta palabra fue cuidadosamente elegida por los Padres del Concilio porque expresaba con absoluta claridad la fe apostólica.

"Homooúsios" significa: De la misma esencia. De la misma naturaleza. Del mismo ser.

No semejante. No parecido. No inferior. No derivado. Sino exactamente de la misma esencia divina.

Todo cuanto pertenece a la naturaleza divina pertenece igualmente al Padre y al Hijo.

El Padre es eterno. El Hijo es eterno.

El Padre es omnipotente. El Hijo es omnipotente.

El Padre es increado. El Hijo es increado.

El Padre es digno de adoración. El Hijo recibe la misma adoración.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

San Basilio el Grande resume esta doctrina con admirable precisión:

«Todo cuanto pertenece al Padre, excepto la propiedad de ser Padre, pertenece también al Hijo.»

La única diferencia entre ambos no reside en la esencia, sino en sus relaciones personales.

El Padre es eternamente Padre.

El Hijo es eternamente Hijo.

No existen dos dioses. Existe un solo Dios en tres Personas.

Al proclamar que Jesucristo es «engendrado del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; consustancial al Padre», la Iglesia custodia el corazón de la fe apostólica. Estas expresiones no son especulaciones filosóficas, sino la formulación precisa de la verdad revelada por Dios y defendida por los Santos Padres frente al arrianismo y otras doctrinas erróneas.

Confesar esta verdad es reconocer que en Jesucristo contemplamos al verdadero Dios hecho hombre por nuestra salvación. Él comparte eternamente la misma esencia del Padre y, sin dejar de ser Dios, asumió nuestra naturaleza humana para reconciliarnos con el Padre. Por ello, la Iglesia lo adora con el mismo honor y la misma gloria que al Padre y al Espíritu Santo, proclamando con los ángeles y los santos: «A Él sea la gloria, el poder y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.»

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO IV

«Por quien todas las cosas fueron hechas»

Después de confesar que el Hijo es «engendrado del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; consustancial al Padre», el Credo añade:

«Por quien todas las cosas fueron hechas.»

Estas palabras manifiestan que el Hijo eterno no es una criatura, sino el Creador mismo. Todo cuanto existe recibió el ser por medio del Verbo de Dios. La Iglesia proclama así la participación del Hijo en la obra creadora del Padre, no como un instrumento externo, sino como Aquel que, siendo consustancial al Padre, obra inseparablemente con Él y con el Espíritu Santo.

La creación no pertenece únicamente al Padre, ni únicamente al Hijo, ni únicamente al Espíritu Santo. Toda obra divina hacia el mundo es común a las tres Personas de la Santísima Trinidad. Sin embargo, la Sagrada Escritura atribuye de manera especial al Verbo el papel de mediador de la creación, porque todo fue hecho por Él y para Él.

El testimonio del Evangelio según San Juan

El fundamento principal de esta doctrina se encuentra en el prólogo del Evangelio de San Juan:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas por medio de Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho.» (Juan 1:1, 3).

Este texto excluye toda interpretación que reduzca al Hijo a una criatura. Si todo lo creado fue hecho por medio del Verbo, entonces el Verbo no pertenece al orden de las cosas creadas. De lo contrario, tendría que haberse creado a sí mismo, lo cual es absurdo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

San Juan utiliza un lenguaje absoluto: «sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho». No deja lugar a excepciones. Ángeles, hombres, cielos, tierra, el tiempo mismo y toda criatura visible e invisible deben su existencia al Verbo eterno.

Los Santos Padres vieron en este pasaje una refutación definitiva del arrianismo. San Atanasio argumentaba que el Hijo no puede ser contado entre las criaturas, porque Él mismo es el Autor de toda la creación.

El testimonio de San Pablo

El Apóstol de las Naciones desarrolla esta misma verdad en su Epístola a los Colosenses:

«Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten.» (Colosenses 1:16-17).

Estas palabras revelan varios aspectos esenciales de la doctrina cristiana.

En primer lugar, Cristo existe antes de todas las cosas, no en un sentido meramente cronológico, sino porque es eterno.

En segundo lugar, todo fue creado por medio de Él. El Verbo es el agente divino de la creación.

En tercer lugar, todo fue creado para Él. Cristo no solo es el origen de la creación, sino también su finalidad. Toda la creación encuentra su sentido último en el Hijo de Dios, hacia quien se orienta el designio eterno del Padre.

Finalmente, San Pablo afirma que todas las cosas subsisten en Él. La creación no solo recibió el ser por medio del Verbo, sino que permanece

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

sostenida por su poder. Si Dios retirara su acción creadora y sustentadora, todo volvería a la nada.

La obra común de la Santísima Trinidad

Aunque el Credo atribuye de modo particular al Hijo la creación, la Iglesia enseña que toda obra divina hacia el mundo es común a las tres Personas.

- + El Padre crea por el Hijo en el Espíritu Santo.
- + El Hijo crea juntamente con el Padre y el Espíritu.
- + El Espíritu Santo perfecciona y vivifica la creación.

Esta doctrina aparece ya en las primeras líneas del Génesis:

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra... y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.» (Génesis 1:1-2).

Y el salmista proclama:

«Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca.» (Salmo 32 [33]:6).

Los Santos Padres reconocieron en este versículo una referencia al Padre, al Verbo —la Palabra— y al Espíritu Santo. Así, desde el comienzo de la revelación bíblica se manifiesta la acción trinitaria en la creación.

La sabiduría creadora del Verbo

El universo no es fruto del azar ni de una necesidad ciega. Ha sido creado con orden, belleza y sabiduría.

El libro de los Proverbios presenta la Sabiduría divina diciendo:

«El Señor me poseía al principio de su camino... cuando afirmaba los cielos, allí estaba yo.» (Proverbios 8:22-27, según la interpretación patrística). Los Padres identificaron esta Sabiduría con el Verbo eterno, no porque el texto describa literalmente la generación del Hijo, sino porque veían en él una

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

figura de Aquel por quien Dios dispuso todas las cosas con medida, número y peso.

San Máximo el Confesor profundizó esta enseñanza al afirmar que toda criatura posee un logos, una razón o principio interior, que encuentra su origen y su plenitud en el Logos eterno, Jesucristo. De este modo, toda la creación está orientada hacia Él y alcanza su verdadero sentido en la comunión con el Verbo encarnado.

La creación como manifestación del amor divino

Dios no creó el universo por necesidad, pues nada le faltaba. La Santísima Trinidad posee en sí misma la plenitud de la vida, del amor y de la gloria.

La creación brota de la bondad divina. Es un acto libre por el cual Dios quiso comunicar el ser a criaturas llamadas a participar de su vida.

San Basilio Magno enseña que el mundo es como una escuela donde el hombre aprende a conocer la sabiduría y la bondad del Creador. Cada criatura, desde las estrellas hasta la más humilde flor del campo, proclama silenciosamente la gloria de Dios.

Por eso el creyente contempla la creación con reverencia. No la adora, pues solo Dios es digno de adoración, pero reconoce en ella la huella de su Creador.

Cristo y la nueva creación

El mismo Verbo por quien fueron hechas todas las cosas vino al mundo para restaurar la creación caída por el pecado.

El pecado no destruyó el plan divino, pero introdujo la corrupción y la muerte en el mundo. El Hijo de Dios asumió la naturaleza humana para renovar desde dentro la creación.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

San Pablo escribe:

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva creación es.» (2 Corintios 5:17).

La obra redentora de Cristo no consiste únicamente en perdonar los pecados individuales. Su finalidad es restaurar toda la creación y conducirla a la gloria del Reino de Dios.

Por ello, la Iglesia contempla la Resurrección de Cristo como el comienzo de la nueva creación, en la que la muerte ha sido vencida y la humanidad ha sido reconciliada con Dios.

Cuando la Iglesia confiesa que el Hijo es Aquel «por quien todas las cosas fueron hechas», proclama que Jesucristo es el Verbo eterno, Creador y Sustentador del universo. Nada existe fuera de su poder creador, y nada alcanza su verdadera finalidad sino en Él. La creación entera lleva la huella del Logos y está llamada a participar de la gloria que se manifestó plenamente en la Encarnación, la Cruz y la Resurrección del Hijo de Dios.

Esta verdad invita al cristiano a contemplar el mundo con ojos de fe. El universo no es un accidente ni una realidad sin sentido, sino la obra sabia y amorosa de Dios. Cada criatura recuerda al creyente que todo procede del Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo, y que toda la creación espera su plena restauración en Cristo, «para que Dios sea todo en todos» (1 Corintios 15:28).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO V

«Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos»

Después de proclamar la divinidad eterna del Verbo y su participación en la creación del universo, el Credo nos conduce al acontecimiento más extraordinario de la historia: la Encarnación del Hijo de Dios. Aquel por quien fueron creados los cielos y la tierra descendió voluntariamente para salvar a la humanidad caída.

La Iglesia confiesa:

«Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos.»

En estas palabras se resume el inmenso amor de Dios hacia el hombre. El descenso del Hijo no fue consecuencia de una necesidad, sino un acto libre de misericordia. El Verbo eterno, permaneciendo siempre en el seno del Padre, quiso asumir nuestra condición para restaurar en nosotros la imagen divina oscurecida por el pecado.

San Juan expresa este misterio con palabras que la Iglesia nunca deja de contemplar:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.» (Juan 3:16).

La Encarnación es, por tanto, la manifestación suprema del amor divino.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«*Por nosotros los hombres*»

Estas palabras poseen una profundidad inmensa. El Credo no dice simplemente que Cristo descendió al mundo. Dice: «Por nosotros los hombres.»

Toda la obra de Cristo tiene un carácter profundamente personal. Él vino por cada ser humano llamado a la comunión con Dios.

No descendió para los ángeles. No descendió para crear un nuevo universo. Descendió para rescatar al hombre.

Desde la caída de Adán, la humanidad había quedado sometida al pecado, a la corrupción y a la muerte. La imagen de Dios permanecía en el hombre, pero había sido profundamente oscurecida. La comunión con Dios se había roto. La muerte reinaba sobre toda la humanidad.

San Pablo describe esta tragedia diciendo:

«Por cuanto todos pecaron, están destituidos de la gloria de Dios.» (Romanos 3:23).

Y añade:

«Así como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres.» (Romanos 5:12).

Cristo vino precisamente para restaurar aquello que Adán había perdido. La compasión infinita de Dios

Los Santos Padres insisten constantemente en que la Encarnación nace exclusivamente del amor divino.

San Isaac el Sirio escribe:

«No fue la justicia la que movió a Dios a salvar al hombre, sino su infinita misericordia.»

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Dios no abandonó al hombre después de la caída. Desde el mismo momento del pecado comenzó la preparación de la salvación.

- + Las promesas hechas a Abraham.
- + La elección de Israel.
- + La Ley dada a Moisés.
- + Los Profetas.
- + Los Salmos.

Todo preparaba la venida del Mesías.

La historia de la salvación es la historia de un Dios que busca continuamente al hombre perdido.

Ya en el Paraíso, después del pecado, Dios llama: «¿Dónde estás?» (Génesis 3:9).

No porque ignorara dónde se encontraba Adán, sino porque invitaba al hombre al arrepentimiento.

Toda la historia bíblica puede contemplarse como la respuesta divina a aquella tragedia.

«Por nuestra salvación»

El Credo añade inmediatamente: «Y por nuestra salvación.»

¿Qué significa exactamente esta salvación?

En muchas ocasiones se reduce la salvación únicamente al perdón de los pecados. La Iglesia Ortodoxa enseña algo mucho más profundo.

La salvación significa la restauración completa del hombre.

- + Liberación del pecado.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

- + Victoria sobre la muerte.
- + Reconciliación con Dios.
- + Participación en la vida divina.
- + Renovación de toda la creación.

La palabra griega σωτηρία (sotería) significa liberación, sanación y restauración.

Cristo vino a sanar la naturaleza humana enferma por el pecado.

San Atanasio escribe en su tratado Sobre la Encarnación del Verbo:

«El Verbo asumió un cuerpo para destruir la muerte y renovar nuevamente al hombre creado según la imagen de Dios.»

La salvación no consiste simplemente en evitar un castigo. Consiste en devolver al hombre la comunión con Dios.

La deificación del hombre

Aquí encontramos una de las doctrinas más características de la teología ortodoxa.

San Pedro escribe:

«Para que lleguéis a ser participantes de la naturaleza divina.» (2 Pedro 1:4).

Los Padres llamaron a esta realidad theosis, es decir, deificación. Esto no significa que el hombre llegue a convertirse en Dios por naturaleza. La esencia divina permanece absolutamente inaccesible. Lo que el hombre recibe es la participación en la vida divina por la gracia.

San Atanasio resume admirablemente esta doctrina:

«Dios se hizo hombre para que el hombre llegue a ser dios por la gracia.»

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Esta frase ha sido repetida durante siglos por toda la tradición ortodoxa.

Cristo asumió nuestra humanidad para comunicarnos su vida. La Encarnación tiene como finalidad nuestra unión con Dios.

«Descendió de los cielos»

Estas palabras no significan que el Hijo abandonara el cielo para trasladarse a otro lugar.

- + Dios es infinito.
- + Está presente en todas partes.
- + El Verbo jamás dejó el seno del Padre.

San Juan afirma:

«El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre...»

Incluso durante su vida terrenal permanece eternamente unido al Padre. El descenso expresa el anonadamiento voluntario del Hijo.

San Pablo escribe:

«El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo.» (Filipenses 2:6-7).

Este "despojarse" no significa perder la divinidad. Cristo nunca dejó de ser Dios. Lo que hizo fue asumir plenamente la condición humana. Permaneció siendo verdadero Dios. Llegó a ser verdadero hombre. Dos naturalezas. Una sola Persona.

- + Sin confusión.
- + Sin división.
- + Sin cambio.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

- + Sin separación.

Tal como definirá posteriormente el Santo Concilio de Calcedonia.

El descenso como acto de humildad

- + La caída comenzó por el orgullo. La salvación comienza por la humildad.
- + Lucifer quiso elevarse. Cristo descendió.
- + Adán quiso hacerse dios sin Dios. Cristo, siendo Dios, tomó la condición de siervo.

San Efrén el Sirio contempla este misterio diciendo:

«El Altísimo descendió para elevar al hombre caído.»

Toda la vida de Cristo manifiesta esta humildad.

- ❖ Nace en un pesebre.
- ❖ Vive en una familia humilde.
- ❖ Trabaja con sus manos.
- ❖ Lava los pies de sus discípulos.
- ❖ Muere en una cruz.

Y precisamente por esta humildad destruye el orgullo del demonio.

La Encarnación inaugura la nueva creación

Cuando el Verbo entra en el mundo comienza una nueva creación. La primera comenzó en el Génesis. La segunda comienza en Nazaret.

La primera fue realizada por la Palabra creadora. La segunda por esa misma Palabra hecha carne.

Por eso San Pablo llama a Cristo:

«El Nuevo Adán.»

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Donde el primer Adán fracasó, el segundo Adán vence.

Donde entró la muerte, entra ahora la vida.

Donde reinó el pecado, sobreabunda la gracia.

La Iglesia proclama con profunda gratitud que el Hijo eterno de Dios «por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos». Estas palabras revelan que toda la obra de Cristo nace del amor misericordioso del Padre y de la libre obediencia del Hijo. El descenso del Verbo no es una disminución de su gloria, sino la manifestación más perfecta de ella, pues el verdadero poder de Dios se revela en la humildad y en el amor que busca salvar al hombre.

Al asumir nuestra naturaleza, el Hijo de Dios abrió el camino para que el hombre volviera a participar de la vida divina. La Encarnación no es solamente el comienzo de la redención, sino también el fundamento de la deificación del ser humano. En Cristo, el cielo desciende a la tierra para que la tierra sea elevada al cielo. Por ello, el creyente contempla con asombro este misterio y une su voz a la de la Iglesia, glorificando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO VI

«Y se encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María, y se hizo hombre»

Después de proclamar que el Hijo eterno de Dios descendió de los cielos por nuestra salvación, el Credo nos conduce al misterio central de toda la historia de la humanidad:

«Y se encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María, y se hizo hombre.»

Estas palabras constituyen el corazón de la fe cristiana. El Verbo eterno, por quien fueron creados los siglos, asumió nuestra naturaleza humana sin dejar de ser Dios. El Invisible se hizo visible. El Infinito aceptó los límites de nuestra condición. El Impasible aceptó sufrir en la carne. El Inmortal quiso experimentar la muerte para destruirla desde dentro.

La Encarnación no es simplemente uno de los acontecimientos de la historia sagrada; es el acontecimiento que da sentido a toda la creación. Todo lo que Dios había preparado desde la caída de nuestros primeros padres encuentra aquí su cumplimiento.

San Juan Evangelista resume este misterio con una frase que ha iluminado la reflexión de la Iglesia durante veinte siglos:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» (Juan 1:14).

En estas pocas palabras se encierra el misterio de la salvación.

«Y se encarnó»

La Iglesia no dice simplemente que el Hijo «vino al mundo». Dice: «Se encarnó.» El término proviene del latín *incarnatus*, que traduce el griego *σάρκωθέντα*, «hecho carne».

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La expresión significa que el Hijo de Dios asumió verdaderamente la naturaleza humana.

No tomó una apariencia humana. No apareció bajo una figura simbólica. No descendió disfrazado de hombre. Se hizo verdaderamente hombre. Asumió un cuerpo verdadero. Un alma racional verdadera. Una voluntad humana verdadera. Una inteligencia humana verdadera. Todo aquello que pertenece auténticamente a la naturaleza humana fue asumido por Cristo, excepto el pecado.

Como enseña la Epístola a los Hebreos:

«Fue semejante en todo a sus hermanos, excepto en el pecado.» (cf. Hebreos 4:15).

Esta afirmación fue defendida con firmeza por la Iglesia frente a quienes sostenían que Cristo solo había tomado un cuerpo aparente o que carecía de alma humana.

Contra el docetismo

Ya durante el siglo I aparecieron quienes enseñaban que Cristo no poseía un cuerpo verdadero. A esta doctrina se la conoce como docetismo, del verbo griego *dokein*, «parecer».

Según ellos, Cristo solamente parecía sufrir. Parecía caminar. Parecía comer. Parecía morir. Todo habría sido una apariencia.

La Iglesia rechazó inmediatamente esta enseñanza.

San Ignacio de Antioquía, discípulo de los Apóstoles, escribía:

«Cristo nació verdaderamente, comió verdaderamente, bebió verdaderamente, fue perseguido verdaderamente, fue crucificado verdaderamente y verdaderamente resucitó.»

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Si Cristo no hubiera asumido una humanidad real, tampoco habría redimido verdaderamente nuestra naturaleza.

La salvación sería únicamente una ilusión.

Por eso la Iglesia insiste constantemente en la realidad de la Encarnación.

El Espíritu Santo en la Encarnación

El Credo afirma: «Del Espíritu Santo...»

La Encarnación fue obra de toda la Santísima Trinidad. El Padre envía al Hijo. El Hijo asume la naturaleza humana. El Espíritu Santo obra milagrosamente la concepción virginal.

El Arcángel Gabriel anunció a la Santísima Virgen:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios.» (Lucas 1:35).

La concepción de Cristo no fue fruto de la voluntad humana. No fue obra de un padre terreno. Fue una intervención sobrenatural del Espíritu Santo.

Así como el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas al comienzo de la primera creación (Génesis 1:2), ahora el mismo Espíritu inaugura la nueva creación en el seno purísimo de la Virgen María.

Los Padres contemplan aquí un profundo paralelismo entre la creación del mundo y el comienzo de la redención.

La cooperación libre de la Virgen María

Aunque la Encarnación es obra de Dios, no se realiza sin la libre respuesta de la Virgen. Cuando el Arcángel anuncia el misterio, María responde:

«He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.» (Lucas 1:38).

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Estas palabras representan uno de los actos de obediencia más sublimes de toda la historia.

- ❖ La desobediencia de Eva abrió el camino al pecado.
- ❖ **La obediencia de María abre el camino a la salvación.**

San Ireneo de Lyon escribe:

«El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María.»

Los Padres llaman frecuentemente a la Santísima Virgen la Nueva Eva.

Así como la primera mujer colaboró en la caída del primer Adán, la Nueva Eva coopera libremente en la venida del Nuevo Adán.

No se trata de igualdad entre Cristo y María. Toda la obra salvadora pertenece únicamente a Cristo. Pero Dios quiso contar con la libre cooperación de una criatura para realizar el misterio de la Encarnación.

«*De la Virgen María*»

El Credo menciona expresamente a la Santísima Virgen. No lo hace simplemente para señalar un dato histórico. Lo hace porque María ocupa un lugar único en la economía de la salvación.

El Hijo eterno no descendió del cielo trayendo consigo un cuerpo ya formado. Recibió de María una verdadera naturaleza humana. Su cuerpo fue formado verdaderamente en su seno virginal.

- ❖ Compartió nuestra humanidad.
- ❖ Nuestra carne.
- ❖ Nuestra sangre.
- ❖ Nuestra condición.

San Pablo escribe:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer.» (Gálatas 4:4).

La humanidad de Cristo no descendió del cielo. Fue recibida verdaderamente de la Virgen. Por ello la Iglesia jamás ha considerado a María como un simple instrumento pasivo. Ella es verdaderamente Madre del Señor según la carne.

La perpetua virginidad de María

Desde los tiempos apostólicos la Iglesia ha confesado la virginidad perpetua de la Madre de Dios.

- ❖ Virgen antes del parto.
- ❖ Virgen durante el parto.
- ❖ Virgen después del parto.

Este misterio no disminuye la verdadera humanidad de Cristo. Al contrario, manifiesta que su nacimiento constituye una obra completamente nueva de Dios.

San Ezequiel profetiza misteriosamente:

«Esta puerta permanecerá cerrada; nadie entrará por ella, porque el Señor Dios de Israel entró por ella.» (Ezequiel 44:2).

Los Santos Padres vieron en esta puerta cerrada una figura de la virginidad perpetua de la Madre de Dios.

San Atanasio, San Basilio, San Gregorio de Nisa, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo y San Juan Damasceno enseñan unánimemente esta doctrina, que forma parte de la tradición constante de la Iglesia.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Santísima Virgen como Theotokos

Uno de los títulos más venerados en la tradición ortodoxa es Theotokos, que significa «Madre de Dios» o, más literalmente, «La que dio a luz a Dios». Este título fue solemnemente confirmado por el III Concilio Ecuménico celebrado en Éfeso el año 431.

La Iglesia no llama así a María porque la divinidad tenga origen en ella. El Hijo es eternamente engendrado por el Padre según su divinidad. Sin embargo, el que nació de María es una sola Persona: el Verbo eterno hecho hombre. Por eso, quien dio a luz a Cristo dio a luz al Hijo de Dios encarnado.

San Cirilo de Alejandría defendió esta verdad frente a Nestorio, afirmando que negar a María el título de Theotokos dividía a Cristo en dos sujetos distintos. La maternidad divina no exalta a María por encima de Dios, sino que protege la verdad sobre la Persona única de Jesucristo: verdadero Dios y verdadero hombre.

La Iglesia confiesa que el Verbo eterno «se encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María», proclamando que la salvación no es una idea, sino un acontecimiento real en la historia. El Hijo de Dios asumió plenamente nuestra naturaleza humana por obra del Espíritu Santo y con la libre cooperación de la Santísima Virgen. En el seno purísimo de María, la divinidad y la humanidad quedaron unidas para siempre en la única Persona del Hijo.

La Virgen María, al responder con fe y obediencia, se convirtió en el instrumento escogido por Dios para la Encarnación del Verbo. Por ello la Iglesia la honra como Theotokos, no para apartar la mirada de Cristo, sino para confesar con mayor claridad quién es Aquel que nació de ella: el verdadero Dios hecho verdadero hombre para nuestra salvación

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO VI

«...Y se hizo hombre»

El misterio inefable de la Encarnación

Después de afirmar que el Verbo se encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María, el Credo concluye esta parte diciendo:

«Y se hizo hombre.»

Esta sencilla expresión contiene un misterio que supera toda inteligencia creada. El Hijo eterno de Dios no asumió solamente un cuerpo humano, sino la naturaleza humana completa. Se hizo verdaderamente uno de nosotros, permaneciendo al mismo tiempo verdadero Dios.

La Iglesia contempla este acontecimiento con reverencia y adoración. Ningún filósofo habría podido imaginarlo, ningún profeta habría podido comprenderlo plenamente y ningún hombre podría haberlo realizado. Es la iniciativa libre del amor divino.

San Pablo escribe:

«Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en la carne.» (1 *Timoteo 3:16*).

La Encarnación no disminuye la gloria de Dios; manifiesta la profundidad de su misericordia. El mismo que creó al hombre quiso compartir su condición para conducirlo nuevamente a la comunión con el Padre.

Verdadero Dios y verdadero hombre

La Iglesia enseña que Jesucristo es una sola Persona en quien subsisten dos naturalezas completas: la divina y la humana.

No es mitad Dios y mitad hombre, no es un hombre inspirado por Dios, no es un profeta elevado a la dignidad divina. Es verdadero Dios y verdadero hombre. Como Dios, es eterno, increado, omnipotente y consustancial al

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Padre. Como hombre, nació de la Virgen María, creció, trabajó, tuvo hambre, sed, cansancio, lloró, sufrió y murió.

El Evangelio da testimonio de ambas realidades.

- ❖ Cuando calma la tempestad con una sola palabra, manifiesta su poder divino.
- ❖ Cuando duerme en la barca, manifiesta su verdadera humanidad.
- ❖ Cuando resucita a Lázaro, revela su autoridad sobre la muerte.
- ❖ Cuando llora ante el sepulcro de su amigo, muestra la autenticidad de sus sentimientos humanos.

No hay contradicción en estos actos. Todo pertenece a la única Persona del Verbo encarnado, que obra según una u otra naturaleza.

La unión hipostática

Los Santos Padres llamaron a este misterio **unión hipostática**. La palabra **hipóstasis** significa «persona» o «subsistencia personal».

En Cristo no existen dos personas, una divina y otra humana. Existe una sola Persona: el Hijo eterno de Dios.

Esta única Persona posee dos naturalezas:

- ❖ la naturaleza divina, eterna e increada;
- ❖ la naturaleza humana, asumida en el tiempo de la Virgen María.

Ambas permanecen completas y perfectas.

- ❖ No se mezclan.
- ❖ No se confunden.
- ❖ No se transforman una en otra.
- ❖ No se separan.

Permanecen unidas inseparablemente en la única Persona del Verbo.

Por ello, el IV Concilio Ecuménico, reunido en Calcedonia en el año 451, proclamó que Jesucristo debe ser confesado:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«En dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación.»

Estas cuatro expresiones se convirtieron en la norma de toda la cristología ortodoxa.

«Sin confusión y sin cambio»

Las naturalezas divina y humana no se mezclan formando una tercera naturaleza.

- ❖ La divinidad no absorbe la humanidad.
- ❖ La humanidad no modifica la divinidad.

Después de la Encarnación, Cristo continúa siendo plenamente Dios y plenamente hombre.

San Juan Damasceno explica:

«Así como el hierro puesto al rojo vivo participa del fuego sin dejar de ser hierro, así la humanidad de Cristo permanece verdadera humanidad al estar unida inseparablemente a la divinidad.»

Toda comparación humana resulta imperfecta, pero ayuda a comprender que la unión no destruye las propiedades propias de cada naturaleza.

«Sin división y sin separación»

Aunque las naturalezas permanecen distintas, nunca actúan como si pertenecieran a dos sujetos diferentes.

Quien nace de María es el mismo que creó el universo.

Quien llora sobre Jerusalén es el mismo que sostiene todas las cosas con su palabra.

Quien muere en la Cruz es el Señor de la gloria.

No hay dos Cristos.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

No hay dos hijos.

No hay dos personas.

Existe un solo Señor Jesucristo.

Por eso San Cirilo de Alejandría afirmaba:

«Uno solo es el Hijo, uno solo el Señor, uno solo Cristo.»

La importancia de esta doctrina

Algunos podrían pensar que estas precisiones pertenecen únicamente a las discusiones de los antiguos concilios.

Sin embargo, los Padres sabían que de esta verdad depende nuestra salvación.

Si Cristo no fuera verdadero hombre, no habría asumido nuestra naturaleza.

Lo que no es asumido no puede ser sanado.

San Gregorio el Teólogo expresó esta verdad con una frase célebre:

«Lo que no fue asumido no fue redimido.»

Cristo asumió toda la naturaleza humana para restaurarla completamente.

Por otra parte, si Cristo no fuera verdadero Dios, su sacrificio no tendría un valor infinito y no podría vencer definitivamente al pecado ni a la muerte.

Nuestra salvación exige ambas realidades.

El Redentor debía ser verdadero hombre para representarnos.

Debía ser verdadero Dios para salvarnos.

La obediencia del Nuevo Adán

San Pablo establece un profundo paralelismo entre Adán y Cristo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

El primer Adán, por su desobediencia, introdujo el pecado y la muerte.

El segundo Adán, Jesucristo, por su obediencia perfecta, abrió nuevamente el camino hacia la vida.

El Apóstol escribe:

«Porque así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos.» (*Romanos 5:19*).

Toda la vida de Cristo fue una obediencia perfecta al Padre.

- ❖ Obedeció en Nazaret.
- ❖ Obedeció durante su ministerio público.
- ❖ Obedeció en Getsemaní.
- ❖ Obedeció hasta la muerte de Cruz.

Su obediencia no fue una obligación impuesta, sino la expresión perfecta del amor filial.

Cristo santifica la naturaleza humana

Al asumir nuestra humanidad, Cristo santificó toda la naturaleza humana.

- ❖ Santificó el nacimiento.
- ❖ Santificó el trabajo.
- ❖ Santificó la familia.
- ❖ Santificó el sufrimiento.
- ❖ Santificó la muerte.

Nada verdaderamente humano quedó fuera de la obra redentora.

Por eso los Santos Padres afirman que la Encarnación ya constituye el comienzo de nuestra salvación.

La Cruz y la Resurrección llevarán esa obra a su plenitud, pero la restauración de la humanidad comienza cuando el Verbo asume nuestra carne.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La humanidad glorificada de Cristo

Después de la Resurrección y de la Ascensión, Cristo no abandonó la naturaleza humana.

Permanece para siempre verdadero hombre.

Su humanidad glorificada está sentada a la derecha del Padre. Esta verdad llena de esperanza al creyente. Nuestra naturaleza ya ha entrado en la gloria del Reino. Donde está Cristo, está también el destino al que somos llamados.

Como dice San Pablo:

«Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador.» (*Filipenses 3:20*).

La humanidad de Cristo es la garantía de nuestra futura glorificación.

La respuesta del creyente

El misterio de la Encarnación no puede contemplarse solamente como una verdad doctrinal. Debe transformar toda nuestra vida.

Si Dios se hizo hombre por amor a nosotros, ¿cómo no responder con amor?

Si Cristo asumió nuestra naturaleza, debemos ofrecerle toda nuestra existencia.

Cada acto de obediencia, de humildad y de caridad es una participación en la vida del Verbo encarnado.

La Iglesia revive continuamente este misterio en la Divina Liturgia. Allí contemplamos al mismo Cristo que nació de la Virgen, murió por nosotros, resucitó glorioso y se nos entrega en los santos Misterios para nuestra santificación.

Al confesar que el Hijo de Dios «**se hizo hombre**», la Iglesia proclama el misterio más grande de la historia de la salvación. El Verbo eterno asumió

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

plenamente nuestra naturaleza sin dejar de ser Dios, uniendo para siempre la divinidad y la humanidad en su única Persona. Esta unión, definida por los Santos Concilios Ecuménicos y custodiada por la tradición de los Padres, es el fundamento de toda la esperanza cristiana.

Gracias a la Encarnación, nuestra naturaleza ha sido restaurada, santificada y elevada. El Nuevo Adán venció donde el primero cayó; la obediencia sustituyó a la desobediencia, la vida venció a la muerte y la comunión con Dios fue nuevamente abierta al hombre. Por eso la Iglesia adora al Verbo hecho carne y canta con alegría: **«Hoy la Virgen da a luz al que está por encima de todo ser, y la tierra ofrece una cueva al Inaccesible»**, proclamando que el Dios eterno se hizo verdaderamente hombre para que el hombre, por la gracia, llegue a participar de la vida divina.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO VII

«Y fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado»

Después de contemplar el misterio de la Encarnación, el Credo nos conduce al acontecimiento central de la historia de la salvación: la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia confiesa:

«Y fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado.»

Estas palabras son mucho más que un recuerdo histórico. Constituyen la proclamación del sacrificio redentor mediante el cual el Hijo de Dios destruyó el poder del pecado y de la muerte. La Cruz, que para el mundo antiguo era un instrumento de ignominia reservado a los criminales, fue transformada por Cristo en el Árbol de la Vida. Allí donde el pecado parecía triunfar, se manifestó la victoria del amor divino.

San Pablo escribe:

«Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles; mas para los llamados, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios.» (1 Corintios 1:23-24).

La Iglesia jamás ha separado la Cruz de la gloria. El Crucificado es el mismo que resucitó al tercer día y reina eternamente a la derecha del Padre. Por ello, el cristiano contempla la Cruz con veneración, no como un signo de derrota, sino como el estandarte de la victoria de Cristo sobre el pecado, el demonio y la muerte.

«Y fue crucificado por nosotros»

Estas palabras contienen una verdad profundamente consoladora. Cristo no murió por necesidad. No murió porque sus enemigos fueran más fuertes que Él. No murió como víctima de un destino inevitable. **Murió libremente.**

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Nuestro Señor declara en el Evangelio:

«Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y tengo poder para volverla a tomar.» (Juan 10:18).

Toda la Pasión fue un acto de obediencia perfecta al Padre y de amor infinito hacia la humanidad.

El Credo añade: «Por nosotros.»

Cada creyente debe escuchar estas palabras como dirigidas personalmente a él. Cristo sufrió por toda la humanidad. Murió por cada hombre y por cada mujer.

San Pablo expresa esta verdad con una emoción profundamente personal:

«Me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20).

El sacrificio de Cristo tiene un alcance universal. Ningún ser humano queda excluido de la posibilidad de participar en los frutos de su Redención.

La Cruz, signo del amor divino

Desde una perspectiva puramente humana, la Cruz parece un fracaso. Sin embargo, la fe descubre en ella la manifestación suprema del amor de Dios.

Nuestro Señor mismo dijo:

«Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos.» (Juan 15:13).

Cristo fue aún más lejos, pues entregó su vida no solo por sus amigos, sino también por sus enemigos.

San Pablo escribe:

«Dios demuestra su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.» (Romanos 5:8).

La Cruz es el lugar donde la justicia y la misericordia se encuentran. El pecado no es ignorado ni minimizado, pero tampoco tiene la última

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

palabra. Allí se manifiesta el amor que vence el odio, el perdón que vence la violencia y la obediencia que vence la desobediencia de Adán.

La obediencia del Nuevo Adán

Los Santos Padres contemplan la Pasión de Cristo a la luz del relato del Génesis. El primer Adán desobedeció junto al árbol del conocimiento del bien y del mal.

El Nuevo Adán obedece hasta la muerte en el árbol de la Cruz.

San Pablo enseña:

«Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.» (Filipenses 2:8).

Donde el primer Adán extendió la mano para apropiarse de aquello que no le correspondía, Cristo extendió sus manos sobre la Cruz para abrazar al mundo entero.

Por ello, muchos Padres llaman a la Cruz el nuevo Árbol de la Vida.

San Efrén el Sirio escribe que el fruto del primer árbol introdujo la muerte, mientras que el fruto del nuevo Árbol concede la vida eterna.

«Bajo Poncio Pilato»

El Credo menciona expresamente a Poncio Pilato.

¿Por qué incluir el nombre de un gobernador romano en una profesión de fe?

La Iglesia lo hace por varias razones.

En primer lugar, para afirmar el carácter histórico de la Pasión. La muerte de Cristo no pertenece al mundo de los mitos ni de las leyendas. Ocurrió en un momento concreto de la historia, bajo un gobernante conocido.

La fe cristiana no se fundamenta en ideas abstractas, sino en acontecimientos reales.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

En segundo lugar, el nombre de Pilato recuerda que el Hijo de Dios aceptó ser juzgado por un tribunal humano. El Juez del universo compareció como acusado ante sus criaturas. Aquel que vendrá a juzgar a vivos y muertos se sometió humildemente a un juicio injusto.

Finalmente, Pilato simboliza la debilidad del hombre que reconoce la inocencia de Cristo, pero cede ante la presión del miedo y de la conveniencia. Su figura invita a todo cristiano a examinar si alguna vez ha preferido la seguridad humana antes que la verdad.

«Padeció»

El Credo añade una afirmación breve, pero de enorme importancia: «Padeció.»

El sufrimiento de Cristo fue verdadero, no fue una apariencia, no fue una ilusión, no fue un simple símbolo.

El Hijo de Dios experimentó en su naturaleza humana el cansancio, el dolor físico, la angustia y la muerte.

El profeta Isaías había anunciado:

«Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en el sufrimiento.» (Isaías 53:3).

Los Evangelios muestran con sobriedad la intensidad de su Pasión: la agonía en Getsemaní, la flagelación, la coronación de espinas, el camino hacia el Gólgota y la Crucifixión.

Sin embargo, la Iglesia enseña que el sufrimiento pertenece a la naturaleza humana asumida por el Verbo. La divinidad, por su propia naturaleza, permanece impasible. El mismo Hijo eterno que es impasible según su divinidad quiso sufrir voluntariamente según su humanidad. Esta precisión, defendida por los Santos Padres, preserva tanto la realidad del sufrimiento de Cristo como la inmutabilidad de la naturaleza divina.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Cruz y la victoria sobre la muerte

A los ojos del mundo, la muerte de Cristo parecía el triunfo definitivo del mal, pero precisamente en ese momento comenzó la derrota del enemigo.

San Juan Crisóstomo exclama en su célebre Homilía Pascual:

«La muerte fue vencida por la Muerte. El Hades recibió un cuerpo y encontró a Dios; recibió tierra y encontró el cielo.»

La Cruz no es una derrota, sino el inicio de la victoria. Cristo entra libremente en la muerte para destruir su poder desde dentro y abrir el camino de la Resurrección.

«Y fue sepultado»

Finalmente, el Credo afirma: «Y fue sepultado.»

La sepultura confirma la realidad de la muerte de Cristo. No se trató de un desmayo ni de una muerte aparente. El cuerpo del Señor fue colocado en un sepulcro nuevo por José de Arimatea, mientras Nicodemo preparó los aromas según la costumbre judía.

Los Evangelios destacan este hecho porque la Resurrección solo puede comprenderse plenamente si la muerte fue real.

La sepultura posee también un profundo significado espiritual. Cristo descendió hasta el extremo de la condición humana. No solo asumió nuestra vida y nuestro sufrimiento, sino también la experiencia de la muerte y del sepulcro. Ningún lugar quedó fuera del alcance de su presencia salvadora.

La tradición ortodoxa contempla el sepulcro de Cristo no como el final de la historia, sino como el umbral de la victoria. El Santo Sábado, mientras el cuerpo del Señor reposa en el sepulcro, su alma humana unida inseparablemente al Verbo desciende al Hades para anunciar la victoria y liberar a los justos que esperaban la Redención.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Cruz en la vida del cristiano

La contemplación de la Pasión no puede reducirse a un ejercicio intelectual. El Señor mismo enseñó:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.» (Lucas 9:23).

La cruz del cristiano no consiste en buscar el sufrimiento por sí mismo, sino en aceptar con fe las pruebas permitidas por Dios, luchando contra el pecado y permaneciendo fiel al Evangelio. Cada renuncia por amor a Cristo, cada acto de perdón, cada obra de misericordia y cada perseverancia en la adversidad participan del misterio de la Cruz.

Como enseña San Isaac el Sirio, el camino de la Cruz es inseparable del camino de la Resurrección. El sufrimiento unido a Cristo nunca tiene la última palabra, porque siempre conduce a la vida.

Al confesar que Jesucristo «fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado», la Iglesia proclama el misterio del amor llevado hasta el extremo. El Hijo eterno de Dios aceptó libremente la Pasión para vencer el pecado, reconciliar al hombre con el Padre y destruir el poder de la muerte. Su Cruz, lejos de ser un signo de derrota, se convirtió en el Árbol de la Vida, del cual brota la salvación para el mundo entero.

La sepultura del Señor no marca el final de su obra, sino el silencio sagrado que precede a la aurora pascual. En el sepulcro ya resplandece la victoria que será manifestada al tercer día. Por ello, la Iglesia venera la Santa Cruz con profunda gratitud y canta: «Ante Tu Cruz nos postramos, oh Soberano, y Tu santa Resurrección glorificamos», porque sabe que la Pasión y la gloria forman un único misterio de salvación.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO VIII

«Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras»

Después de proclamar la Pasión, Muerte y Sepultura del Señor, el Credo anuncia con alegría el acontecimiento que transformó para siempre la historia del mundo:

«Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.»

Estas palabras constituyen el centro mismo del Evangelio. Toda la predicación apostólica descansa sobre este hecho. Si Cristo no hubiera resucitado, la Cruz habría sido únicamente la muerte de un justo; pero al resucitar, manifestó que era verdaderamente el Hijo de Dios y que había vencido definitivamente al pecado, al demonio y a la muerte.

San Pablo afirma con extraordinaria claridad:

«Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe.» (1 Corintios 15:14).

La Resurrección no es un símbolo del triunfo del bien ni una metáfora del renacimiento espiritual. Es un acontecimiento histórico y sobrenatural, en el cual el mismo cuerpo que fue crucificado y sepultado fue glorificado por el poder de Dios.

La Iglesia vive de esta verdad. Cada domingo es una pequeña Pascua, y toda la vida litúrgica gira en torno al Cristo resucitado. Sin la Resurrección no habría Iglesia, ni sacramentos, ni esperanza de vida eterna.

«Y resucitó»

El Credo no dice que Cristo volvió simplemente a la vida, como ocurrió con Lázaro, el hijo de la viuda de Naín o la hija de Jairo.

Ellos fueron devueltos a esta vida mortal y, con el paso del tiempo, volvieron a morir.

Cristo resucitó para no morir jamás.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Su humanidad fue transformada y glorificada. Conservó el mismo cuerpo que había nacido de la Virgen María y había sido clavado en la Cruz, pero ahora ese cuerpo participaba plenamente de la gloria de la Resurrección.

El Evangelio da testimonio de esta continuidad. El Señor muestra a los Apóstoles las llagas de sus manos y de su costado. Invita a Santo Tomás a tocarlas y come delante de los discípulos para demostrar que no se trata de un espíritu ni de una ilusión.

Sin embargo, ese mismo cuerpo glorificado ya no está sometido a las limitaciones de nuestra condición presente. Entra con las puertas cerradas, desaparece de la vista de los discípulos de Emaús y asciende gloriosamente al cielo.

La Resurrección inaugura una nueva forma de existencia humana, libre de la corrupción y de la muerte.

La victoria sobre la muerte

Desde la caída de Adán, la muerte dominaba a toda la humanidad, ningún hombre podía escapar de su poder, Reyes y esclavos, sabios e ignorantes, jóvenes y ancianos. Todos descendían al sepulcro.

Pero Cristo entró libremente en el reino de la muerte para destruirlo desde dentro.

San Juan Crisóstomo proclama en su célebre Homilía Pascual:

«¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, Hades, tu victoria? Cristo resucitó, y tú has sido abatida. Cristo resucitó, y los demonios han caído. Cristo resucitó, y los ángeles se alegran. Cristo resucitó, y la vida reina.»

Estas palabras se cantan cada año durante la Santa Pascua porque resumen la alegría de toda la Iglesia.

La muerte ya no tiene la última palabra.

El sepulcro ya no es el destino definitivo del hombre.

Cristo ha abierto el camino hacia la vida eterna.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Al tercer día»

El Credo afirma expresamente que la Resurrección ocurrió:

«Al tercer día.»

Este detalle no es accidental, Nuestro Señor lo había anunciado repetidas veces durante su ministerio:

«El Hijo del Hombre será entregado... lo matarán, y al tercer día resucitará.» (Mateo 17:22-23).

El tercer día posee además un profundo significado bíblico.

El profeta Oseas había anunciado:

«Nos dará vida después de dos días; al tercer día nos resucitará, y viviremos delante de Él.» (Oseas 6:2).

Asimismo, el profeta Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre del gran pez, prefigurando el descenso de Cristo al sepulcro y su gloriosa Resurrección.

El mismo Señor interpreta este signo diciendo:

«Así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra.» (Mateo 12:40).

La Iglesia ve en estos acontecimientos del Antiguo Testamento figuras proféticas de la Pascua de Cristo.

«Conforme a las Escrituras»

El Credo añade una expresión de enorme importancia:

«Conforme a las Escrituras.»

La Resurrección no fue un acontecimiento aislado ni inesperado, había sido preparada y anunciada por Dios desde antiguo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Los Salmos contienen numerosos anuncios proféticos.

David canta:

«No abandonarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.» (Salmo 15 [16]:10).

San Pedro cita este texto el día de Pentecostés y explica que David hablaba proféticamente del Mesías.

También Isaías anuncia al Siervo sufriente que, después de entregar su vida, verá la luz y prolongará sus días (Isaías 53:10-11).

Toda la historia de Israel encuentra su plenitud en la Pascua de Cristo.

Lo que estaba oculto bajo figuras y promesas se manifiesta plenamente en la Resurrección del Señor.

El sepulcro vacío

Uno de los primeros testimonios de la Resurrección fue el sepulcro vacío.

Las santas mujeres fueron al amanecer para ungir el cuerpo del Señor, encontraron la piedra removida. Los ángeles les anunciaron:

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado.» (Lucas 24:5-6).

El sepulcro vacío, por sí solo, no habría bastado para fundamentar la fe. Pero unido a las numerosas apariciones del Señor resucitado y al testimonio unánime de los Apóstoles, constituye una prueba poderosa del acontecimiento pascual.

La Iglesia no cree en la Resurrección porque el sepulcro estuviera vacío; cree porque el Señor resucitado se manifestó a quienes lo conocieron y convivieron con Él.

Las apariciones del Señor Resucitado

Durante cuarenta días, Cristo se apareció repetidas veces a sus discípulos.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Se apareció a María Magdalena, a las mujeres Miróforas, a Pedro, a los discípulos de Emaús, a los Once reunidos, a Santo Tomás, a más de quinientos hermanos al mismo tiempo, como recuerda San Pablo. Estas apariciones no fueron visiones subjetivas ni experiencias interiores.

Los discípulos conversaron con Él, escucharon su voz, contemplaron sus llagas, compartieron la mesa con Él, recibieron sus enseñanzas.

La transformación de los Apóstoles constituye uno de los testimonios más elocuentes de la Resurrección. Aquellos hombres que habían huido durante la Pasión anunciaron después con valentía al Cristo resucitado, soportando persecuciones, cárceles y martirio.

La Resurrección y nuestra salvación

La Resurrección no pertenece únicamente a Cristo. También pertenece a todos los que están unidos a Él.

San Pablo escribe:

«Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron.» (1 Corintios 15:20).

Así como las primeras espigas anuncian la cosecha, la Resurrección de Cristo anuncia la resurrección futura de todos los hombres.

El Bautismo nos une a este misterio.

El Apóstol enseña:

«Fuimos sepultados con Él por el Bautismo para muerte, a fin de que, como Cristo resucitó de entre los muertos, así también nosotros andemos en una vida nueva.» (Romanos 6:4).

Cada cristiano está llamado a vivir ya desde ahora la vida nueva del Resucitado, abandonando el pecado y caminando en la luz del Evangelio.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Pascua como centro de la vida de la Iglesia

Ninguna fiesta ocupa un lugar tan elevado en la tradición ortodoxa como la Santa Pascua.

Los Padres la llaman:

«La Fiesta de las fiestas.»

«La Solemnidad de las solemnidades.»

Todo el año litúrgico conduce hacia ella, toda la vida sacramental nace de ella, toda la esperanza cristiana se alimenta de ella. Durante la noche pascual, la Iglesia proclama una y otra vez:

«¡Cristo ha resucitado de entre los muertos, pisoteando la muerte con la muerte, y concediendo la vida a los que estaban en los sepulcros!»

Este himno resume la fe de toda la Iglesia.

Al confesar que Jesucristo «resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras», la Iglesia proclama la victoria definitiva del Hijo de Dios sobre la muerte y la corrupción. La Resurrección es el sello divino sobre toda la obra redentora de Cristo y el fundamento de la esperanza cristiana. En el Señor resucitado contemplamos no solo el triunfo del Mesías prometido, sino también el destino glorioso al que está llamada toda la humanidad redimida.

La Pascua no es un recuerdo del pasado; es una realidad viva que transforma la existencia del creyente. Cada celebración de la Divina Liturgia anuncia la Resurrección, cada domingo recuerda el día en que la muerte fue vencida, y cada cristiano está llamado a vivir como hijo de la luz, anticipando ya en esta vida la gloria del Reino venidero. Por eso, la Iglesia no cesa de proclamar con gozo inagotable: «¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!», pues en esta confesión se resume la alegría eterna del Evangelio.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO IX

«Y subió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre»

Después de proclamar la gloriosa Resurrección del Señor, la Iglesia confiesa un nuevo misterio de la economía de la salvación:

«Y subió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre.»

La Ascensión de Cristo no constituye una separación de la Iglesia, sino la culminación de su obra redentora sobre la tierra y el comienzo de una nueva forma de su presencia entre nosotros. El mismo Señor que descendió del cielo por nuestra salvación vuelve glorificado al Padre llevando consigo la naturaleza humana que asumió de la Santísima Virgen.

La Ascensión no significa que Cristo abandonó el mundo. Él mismo prometió a sus discípulos:

«He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.» (Mateo 28:20).

Su presencia ya no está limitada por las condiciones visibles de la vida terrena. Él permanece con su Iglesia por la acción del Espíritu Santo, en la predicación del Evangelio, en los Santos Misterios y, de modo eminente, en la Divina Eucaristía.

La Ascensión, culminación de la obra redentora

Durante cuarenta días después de su Resurrección, Cristo instruyó a sus discípulos acerca del Reino de Dios, los fortaleció en la fe, les explicó las Escrituras, les confirmó la verdad de su Resurrección, los preparó para la venida del Espíritu Santo. Finalmente, en el Monte de los Olivos, levantó sus manos para bendecirlos y, mientras los bendecía, fue elevado al cielo.

San Lucas narra:

«Y aconteció que, bendiciéndolos, se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo.»(Lucas 24:51).

Y en el libro de los Hechos añade:

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Fue alzado, y una nube le ocultó de sus ojos.» (Hechos 1:9).

La nube no debe entenderse como un fenómeno meteorológico. En la Sagrada Escritura, la nube simboliza frecuentemente la gloria y la presencia de Dios. La nube cubrió el monte Sinaí, llenó el Tabernáculo y el Templo de Salomón, y envolvió al Señor en la Transfiguración. La Ascensión manifiesta que Cristo entra visiblemente en la gloria divina que le pertenece desde toda la eternidad.

La glorificación de la naturaleza humana

Uno de los aspectos más profundos de la Ascensión es que no asciende solamente el Verbo eterno, sino también la naturaleza humana que Él asumió.

El Hijo de Dios nunca dejó el cielo según su divinidad.

Como Dios, llena todas las cosas, no puede trasladarse de un lugar a otro como las criaturas, lo que asciende es la humanidad glorificada de Cristo, aquella naturaleza que nació de la Virgen, que caminó por los caminos de Galilea, que sufrió en la Cruz, que resucitó gloriosa, ahora es elevada por encima de los cielos.

San León Magno afirma:

«La Ascensión de Cristo es también nuestra elevación; porque donde ha llegado la gloria de la Cabeza, allí es llamada la esperanza del Cuerpo.»

En Cristo, la humanidad entra nuevamente en la comunión perfecta con Dios.

Aquello que fue expulsado del Paraíso por el pecado es ahora introducido en la gloria celestial.

«*Está sentado a la derecha del Padre*»

El Credo continúa diciendo: «Y está sentado a la derecha del Padre.»

Estas palabras no deben entenderse de manera material.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Dios Padre no posee un cuerpo. No existe un trono físico al lado del cual Cristo se sienta. La expresión procede del lenguaje bíblico y significa la participación plena en la gloria, la autoridad y el poder divinos.

El Salmo mesiánico proclama:

«Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.» (Salmo 109 [110]:1).

Nuestro Señor mismo cita este salmo para revelar su identidad mesiánica.

Sentarse a la derecha del Padre significa que el Hijo, según su humanidad glorificada, participa plenamente de la realeza y del señorío divinos.

No recibe una dignidad que antes no poseía como Dios, el Verbo siempre fue igual al Padre en gloria y majestad.

Lo que ahora es exaltado es la humanidad asumida por Él.

Cristo, Rey del universo

La Ascensión revela que Jesucristo reina sobre toda la creación.

San Pablo escribe:

«Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio el Nombre que es sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra.» (Filipenses 2:9-10).

Este reinado no es semejante al de los reyes de este mundo, Cristo no gobierna mediante la violencia, no impone su autoridad por la fuerza, Su Reino es el Reino de la verdad, del amor, de la justicia y de la paz.

Cuando Pilato le preguntó si era rey, Jesús respondió:

«Mi Reino no es de este mundo.» (Juan 18:36).

No quiso decir que su Reino fuera irreal, quiso enseñar que su origen y su naturaleza son divinos.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Su autoridad no depende del poder político ni de las armas, sino de su victoria sobre el pecado y la muerte.

Cristo, nuestro Sumo Sacerdote

La Ascensión posee también un profundo significado sacerdotal.

La Epístola a los Hebreos presenta a Cristo como el verdadero y eterno Sumo Sacerdote.

Los sacerdotes del Antiguo Testamento entraban una vez al año en el Santo de los Santos llevando sangre de animales.

Cristo, en cambio, entró en el Santuario celestial ofreciendo su propia Sangre.

El autor sagrado escribe:

«No entró Cristo en un santuario hecho por manos humanas, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.» (Hebreos 9:24).

Su sacrificio no necesita repetirse, es único, perfecto, eterno.

Cada Divina Liturgia no añade un nuevo sacrificio, sino que hace presente sacramentalmente el único sacrificio ofrecido una vez para siempre en el Gólgota.

Cristo intercede por nosotros

Sentado a la derecha del Padre, Cristo no permanece indiferente a la suerte de la humanidad.

La Escritura afirma:

«Vive siempre para interceder por ellos.» (Hebreos 7:25).

Esta intercesión no significa que el Padre deba ser convencido de amarnos.

El Padre mismo envió al Hijo por amor al mundo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La intercesión de Cristo expresa la permanencia eterna de su obra redentora.

El Señor glorificado presenta continuamente ante el Padre la humanidad reconciliada por su sacrificio.

Por ello, el cristiano puede acercarse a Dios con confianza.

Tenemos un Mediador que conoce nuestras debilidades, porque compartió plenamente nuestra condición humana, excepto el pecado.

La promesa de su retorno

Mientras los Apóstoles contemplaban al Señor ascender, dos ángeles les dijeron:

«Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá así como le habéis visto ir al cielo.» (Hechos 1:11).

La Ascensión contiene ya la promesa de la Segunda Venida.

Cristo no abandonó definitivamente a su Iglesia, volverá glorioso para consumar el Reino de Dios, por ello, la Ascensión no inspira tristeza, sino esperanza.

La Iglesia vive mirando hacia el cielo, aguardando con fe el regreso de su Señor.

La Ascensión y la vida espiritual

La Ascensión recuerda al cristiano cuál es su verdadera patria.

San Pablo exhorta:

«Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios.» (Colosenses 3:1).

Esto no significa despreciar el mundo creado, significa vivir en él sin convertirlo en nuestro fin último, el cristiano trabaja, forma una familia,

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

sirve a la sociedad, cumple sus responsabilidades, pero sabe que su destino definitivo es el Reino de Dios.

La Ascensión orienta toda la vida hacia la eternidad.

Al confesar que Jesucristo «subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre», la Iglesia proclama la glorificación definitiva del Verbo encarnado. Aquel que descendió por amor a nosotros ha sido exaltado, llevando consigo nuestra naturaleza humana a la gloria celestial. La Ascensión manifiesta que el Reino inaugurado por Cristo permanece para siempre y que el mismo Señor gobierna el universo con poder, sabiduría y misericordia.

Sentado a la derecha del Padre, Cristo continúa siendo nuestro Sumo Sacerdote e Intercesor, sosteniendo a su Iglesia y conduciéndola hacia la plenitud del Reino. Su Ascensión no marca una ausencia, sino una presencia nueva y más profunda, que se hace visible en la vida sacramental y en la acción del Espíritu Santo. Mientras aguardamos su glorioso retorno, elevamos nuestros corazones hacia donde Él está, sabiendo que «nuestra ciudadanía está en los cielos» (Filipenses 3:20) y que donde está la Cabeza, allí está llamada a llegar también la gloria de su Cuerpo, que es la Iglesia.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo X

«Y de nuevo ha de venir con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin»

La confesión de que Cristo volverá constituye una de las verdades fundamentales de la fe ortodoxa. Cada vez que recitamos el Credo, proclamamos no solo que el Señor vino al mundo, padeció, murió y resucitó, sino también que volverá. La historia de la salvación no termina con la Ascensión, sino que avanza hacia el día glorioso en que el Hijo de Dios aparecerá nuevamente para consumir todas las cosas.

La primera venida del Salvador estuvo marcada por la humildad. Nació en un pesebre, vivió como siervo y aceptó la muerte en la Cruz por amor a la humanidad. Su segunda venida, en cambio, será en gloria. Aquel que fue despreciado será reconocido como Rey del universo. Quien fue juzgado por los hombres será el Juez justo de todos.

Esta esperanza atraviesa toda la Escritura. Los ángeles dijeron a los Apóstoles en el monte de la Ascensión:

«Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1:11).

No se trata de una presencia meramente espiritual ni de un símbolo. La Iglesia confiesa una venida real, visible y gloriosa del Señor Jesucristo.

Vendrá con gloria

El Credo añade una expresión decisiva: «con gloria».

En su primera venida, la gloria divina permaneció velada bajo la condición humana. Solo en momentos excepcionales, como la Transfiguración, resplandeció el esplendor de su divinidad. En la segunda venida ya no habrá ocultamiento. Cristo aparecerá rodeado de los ángeles, manifestando plenamente la gloria que posee eternamente junto al Padre.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Su gloria será motivo de alegría para quienes hayan permanecido fieles, pero también de temor para quienes hayan rechazado su misericordia. No será una gloria destinada a impresionar, sino la revelación definitiva de la verdad.

Para juzgar a los vivos y a los muertos

El juicio pertenece a Cristo porque Él conoce perfectamente el corazón humano. Ningún pensamiento, ninguna obra, ninguna intención permanece oculta ante Él.

El juicio no será arbitrario. Será absolutamente justo y, al mismo tiempo, inseparable de la misericordia divina. Dios no desea la condenación del pecador, sino su conversión; sin embargo, respeta hasta el final la libertad de cada persona.

La expresión «los vivos y los muertos» abarca a toda la humanidad. Los que estén vivos cuando el Señor regrese serán transformados, mientras que todos los muertos resucitarán para comparecer ante Él.

La tradición ortodoxa enseña que el juicio manifestará lo que cada uno haya hecho con el don de la gracia. No se trata únicamente de las acciones externas, sino del estado del corazón. El amor, la fe, el arrepentimiento y la comunión con Dios serán plenamente revelados.

La vigilancia cristiana

El anuncio de la segunda venida no pretende despertar curiosidad sobre fechas o acontecimientos futuros. El mismo Señor dijo:

«Velad, porque no sabéis el día ni la hora.»

Por ello, la Iglesia nunca ha alentado especulaciones acerca del momento del fin del mundo. Cada generación debe vivir como si pudiera encontrarse hoy mismo con Cristo.

La vigilancia significa perseverar en la oración, participar de los Santos Misterios, practicar la caridad y luchar diariamente contra el pecado. Quien vive así espera la venida del Señor con esperanza, no con miedo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Su Reino no tendrá fin

El Credo concluye esta confesión con una afirmación llena de esperanza: «y su Reino no tendrá fin».

Todos los reinos de este mundo nacen y desaparecen. Los imperios más poderosos terminan siendo recuerdo de la historia. Solo el Reino de Cristo permanece eternamente.

Este Reino comenzó a manifestarse con la Encarnación, está presente en la vida sacramental de la Iglesia y alcanzará su plenitud cuando Dios sea «todo en todos». Entonces desaparecerán definitivamente la muerte, el pecado, el sufrimiento y toda injusticia.

Los fieles no esperan simplemente el final del mundo; esperan el comienzo de la creación renovada, donde Cristo reinará eternamente junto con el Padre y el Espíritu Santo.

Una esperanza que transforma la vida

La segunda venida de Cristo no es una amenaza para el creyente, sino una esperanza. Cada Divina Liturgia orienta el corazón hacia ese encuentro definitivo. Cuando la Iglesia ora: «Esperando la bienaventurada esperanza y la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo», recuerda que toda la vida cristiana está dirigida hacia ese momento.

Quien ama a Cristo anhela su regreso. No porque desprecie esta vida, sino porque sabe que la comunión perfecta con Dios es el destino para el cual fue creado el hombre.

La espera del Señor impulsa al cristiano a vivir con sobriedad, humildad y misericordia. Cada acto de amor, cada oración sincera y cada victoria sobre el pecado preparan el alma para el encuentro con el Rey que viene.

Así, las palabras del Credo no son únicamente una profesión doctrinal; son una invitación permanente a vivir en la esperanza. El mismo Cristo que vino en humildad volverá en gloria. El mismo que murió por nosotros nos llamará a la vida eterna. Y su Reino, que ninguna fuerza podrá destruir, permanecerá por los siglos de los siglos. Amén

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Los signos de la Segunda Venida

A lo largo de los siglos, muchos han intentado calcular el momento del regreso de Cristo. Sin embargo, la Iglesia siempre ha rechazado tales intentos. El Señor declaró con claridad que nadie conoce el día ni la hora, sino únicamente el Padre. Los signos anunciados en las Escrituras no fueron dados para satisfacer la curiosidad humana, sino para llamar a los fieles a la vigilancia y al arrepentimiento.

Habrà guerras, hambres, terremotos y persecuciones. El amor de muchos se enfriará y aumentará la apostasía. Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, capaces incluso de engañar, si fuera posible, a los escogidos. Pero estos acontecimientos no deben llenar de temor el corazón del cristiano. Son un recordatorio de que este mundo es pasajero y de que la victoria definitiva pertenece al Señor.

Los Santos Padres enseñan que el mayor signo de los últimos tiempos será el debilitamiento de la fe y de la vida espiritual. Cuando la oración se vuelva rara, cuando el Evangelio sea reemplazado por el espíritu del mundo y cuando el hombre confíe más en sí mismo que en Dios, la humanidad habrá mostrado cuán profundamente necesita la venida del Salvador.

El Anticristo

La Sagrada Escritura anuncia también la manifestación del Anticristo, el hombre de iniquidad, que intentará ocupar el lugar de Cristo y seducir a las naciones.

La tradición ortodoxa exhorta a tratar este tema con sobriedad. No debemos buscar al Anticristo en cada acontecimiento político o social, pues esa actitud conduce fácilmente al miedo y a la confusión. Lo importante es reconocer el espíritu del anticristo, que ya actúa en el mundo cada vez que se niega la verdad de Cristo, se glorifica el pecado o se pretende construir una humanidad sin Dios.

El cristiano no vence al Anticristo mediante especulaciones, sino permaneciendo unido a Cristo en la oración, en los Santos Misterios y en la fidelidad a la Tradición de la Iglesia.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La resurrección universal

La Segunda Venida estará unida a la resurrección de todos los hombres.

Así como Cristo resucitó corporalmente, también resucitarán todos los seres humanos. No será una existencia puramente espiritual. El hombre entero, alma y cuerpo, comparecerá ante Dios.

Los cuerpos resucitados ya no estarán sujetos a la corrupción. Los justos resplandecerán con la gloria de Dios, mientras que quienes hayan rechazado definitivamente la gracia experimentarán la terrible realidad de haber elegido una existencia separada de Él.

La resurrección manifiesta la dignidad del cuerpo humano. El cristianismo nunca ha considerado el cuerpo como una prisión del alma, sino como parte de la creación divina destinada a participar de la gloria eterna.

El Juicio Final

Después de la resurrección tendrá lugar el Juicio Universal.

Los iconos ortodoxos representan este misterio con gran profundidad teológica. Cristo aparece sentado sobre el trono de gloria; la Santísima Madre de Dios y el santo Profeta y Precursor Juan interceden por el mundo; los Apóstoles participan como testigos del Evangelio, mientras los ángeles manifiestan la justicia divina.

En ese día desaparecerán todas las máscaras. Lo oculto será revelado. Cada palabra, cada pensamiento y cada acto aparecerán bajo la luz de Dios.

Sin embargo, el criterio del juicio será el amor. El Evangelio según San Mateo presenta al Señor identificándose con el hambriento, el sediento, el extranjero, el desnudo, el enfermo y el encarcelado. Toda obra de misericordia realizada por amor a Cristo permanecerá eternamente.

El cielo y la tierra nuevos

Después del juicio comenzará la plenitud del Reino.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La creación, herida por el pecado, será renovada. Como enseña el Apóstol, toda la creación gime esperando la manifestación de los hijos de Dios.

La Jerusalén celestial descenderá del cielo. Dios habitará con los hombres. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni enfermedad, ni dolor. Todo quedará transfigurado por la presencia divina.

Los Santos Padres describen esta realidad con prudencia, pues supera toda comprensión humana. Ningún lenguaje puede expresar plenamente la alegría de contemplar eternamente el rostro de Dios.

La espera del monje

Para el monje ortodoxo, la Segunda Venida no es solamente un acontecimiento futuro; es una realidad que orienta cada jornada.

Cada noche se acuesta como si fuera la última de su vida. Cada mañana da gracias por haber recibido un nuevo día para arrepentirse. La oración de Jesús, repetida sin cesar, prepara el corazón para reconocer la voz del Esposo cuando llegue.

Por eso los antiguos monjes decían: «Ten presente la muerte y nunca pecarás». No era una invitación a vivir con miedo, sino a vivir con lucidez. Quien recuerda que comparecerá ante Cristo procura que cada pensamiento, cada palabra y cada acción sean dignos de Aquel que vendrá en gloria.

Las palabras «Y de nuevo ha de venir con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin» son una proclamación de esperanza. La historia no está abandonada al azar ni terminará en el caos. Tiene un Señor, un Juez y un Rey.

Cada Divina Liturgia nos hace mirar hacia ese día. Cuando el sacerdote proclama: «Esperando la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero», toda la Iglesia dirige su mirada al Reino eterno.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

El cristiano ortodoxo no espera el fin del mundo con ansiedad, sino el encuentro con Cristo. Toda su vida es una preparación para escuchar aquellas palabras que constituyen la mayor promesa del Evangelio:

«Venid, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.»

Que esa esperanza sostenga nuestra lucha diaria, fortalezca nuestro arrepentimiento y llene de alegría nuestro corazón, hasta el día en que contemplemos al Señor cara a cara y entremos en el Reino que no tendrá fin. Amén.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo XI

«Y en el Espíritu Santo, Señor, Vivificador, que procede del Padre; que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado; que habló por los profetas»

Después de confesar la fe en el Padre y en el Hijo, el Credo dirige nuestra mirada hacia la tercera Persona de la Santísima Trinidad: el Espíritu Santo. La Iglesia no presenta aquí una doctrina nueva ni secundaria, sino la plenitud de la revelación divina. El Padre crea por medio del Hijo y perfecciona toda la creación en el Espíritu Santo. Allí donde actúa una Persona de la Trinidad, actúan también las otras dos, porque la divinidad es una, indivisible y eterna.

Desde los primeros siglos, la Iglesia defendió con firmeza la divinidad del Espíritu Santo frente a quienes lo consideraban una criatura o una simple fuerza divina. El Segundo Concilio Ecuménico, reunido en Constantinopla en el año 381, completó el Credo con estas palabras, proclamando solemnemente que el Espíritu Santo es verdadero Dios, igual al Padre y al Hijo en honor, gloria y majestad.

El Espíritu Santo es Señor

El Credo comienza llamándolo «Señor».

En la Sagrada Escritura, el título de Señor pertenece únicamente a Dios. Al confesar al Espíritu Santo como Señor, la Iglesia proclama que Él posee la misma naturaleza divina que el Padre y el Hijo. No es un mensajero celestial, ni una energía creada, ni una manifestación pasajera de Dios. Es una Persona divina, eterna e increada.

Aunque invisible a los ojos del cuerpo, el Espíritu Santo obra continuamente en la creación y en la Iglesia. Él santifica, ilumina, fortalece y conduce a los fieles hacia la unión con Cristo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

El Vivificador

El Credo añade inmediatamente otro título: «Vivificador».

Desde el comienzo de la creación, el Espíritu Santo aparece como dador de vida. El libro del Génesis lo muestra moviéndose sobre las aguas antes de la formación del mundo. Fue Él quien insufló vida al hombre creado del polvo de la tierra y quien continúa sosteniendo toda la creación por su poder.

Pero la vida que comunica el Espíritu Santo no es solamente la vida biológica. Él concede la vida espiritual, renueva el corazón endurecido por el pecado y hace del hombre una nueva criatura.

Toda conversión auténtica es obra del Espíritu Santo. Nadie puede volver verdaderamente a Dios sin su acción silenciosa y poderosa.

Que procede del Padre

Estas palabras ocupan un lugar central en la teología ortodoxa.

El Señor Jesucristo dijo:

«Cuando venga el Consolador, que Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí.»

La Iglesia conserva cuidadosamente esta enseñanza. El Espíritu Santo procede eternamente del Padre, que es la única fuente de la divinidad. El Hijo es eternamente engendrado por el Padre, mientras que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre. Son dos modos distintos de origen que permanecen para nosotros como un misterio inaccesible.

Por esta razón, la Iglesia Ortodoxa ha conservado intacto el texto original del Credo sin añadir la expresión Filioque («y del Hijo»), incorporada siglos después en Occidente. No se trata simplemente de una diferencia terminológica, sino de la fidelidad a la fe recibida de los Santos Padres y confirmada por los Concilios Ecuménicos.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Iglesia no pretende explicar el misterio de la vida íntima de Dios, sino custodiar con humildad aquello que Cristo reveló.

Con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado

La adoración pertenece únicamente a Dios.

Al afirmar que el Espíritu Santo recibe la misma adoración y la misma gloria que el Padre y el Hijo, el Credo proclama nuevamente su plena divinidad.

Cada vez que la Iglesia hace la señal de la Cruz, glorifica igualmente a las tres Personas divinas.

Cada vez que el sacerdote bendice al pueblo diciendo:

«La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros», confiesa la igualdad eterna de las tres Personas de la Santísima Trinidad.

Toda la liturgia ortodoxa está impregnada de esta confesión trinitaria.

Que habló por los profetas

Antes de Pentecostés, el Espíritu Santo ya actuaba en la historia de la salvación.

Fue Él quien inspiró a Moisés, fortaleció a los jueces, ungió a los reyes y habló por boca de los profetas. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y todos los profetas anunciaron la venida del Mesías movidos por el Espíritu de Dios.

Las Escrituras no son fruto únicamente del talento humano. Los autores sagrados escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo, conservando su personalidad y su estilo, pero transmitiendo fielmente la palabra divina.

Por ello, cuando la Iglesia escucha la lectura de la Sagrada Escritura, escucha la voz del mismo Espíritu que continúa hablando hoy a los corazones de los fieles.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo XII

«En una, santa, católica y apostólica Iglesia»

Después de confesar la fe en el Espíritu Santo, el Credo nos conduce naturalmente hacia la Iglesia. Esto no ocurre por casualidad. La Iglesia existe porque el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostés y permanece en ella hasta el fin de los siglos.

La Iglesia no es una institución creada por la voluntad de los hombres, ni una asociación religiosa nacida de un ideal común. Es el Cuerpo vivo de Cristo, fundado por el Señor, santificado por el Espíritu Santo y sostenido continuamente por la gracia divina.

Cuando confesamos: «Creo en una, santa, católica y apostólica Iglesia», no expresamos simplemente una pertenencia religiosa. Proclamamos una realidad divina que trasciende el tiempo y el espacio, una comunión en la que el cielo y la tierra se unen en la alabanza de la Santísima Trinidad.

La Iglesia es una

La unidad de la Iglesia nace de Dios mismo.

Así como existe un solo Padre, un solo Señor Jesucristo y un solo Espíritu Santo, existe una sola Iglesia. Esta unidad no depende de acuerdos humanos, de afinidades culturales o de estructuras administrativas. Es un don de Dios.

Nuestro Señor oró antes de su Pasión:

«Que todos sean uno; como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti.»

La unidad de la Iglesia se manifiesta en la misma fe, en los mismos Santos Misterios, en la misma sucesión apostólica y en la misma vida de santidad.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Aunque los hombres puedan provocar divisiones y cismas, el Cuerpo de Cristo permanece uno e indivisible. La Iglesia puede ser perseguida, reducida en número o dispersada por el mundo, pero jamás deja de ser la única Iglesia fundada por el Salvador.

Para la tradición ortodoxa rusa prerrevolucionaria, esta unidad se conserva mediante la fidelidad a la fe de los siete Concilios Ecuménicos, a las enseñanzas de los Santos Padres y a la vida litúrgica recibida de generación en generación.

La Iglesia es santa

La santidad de la Iglesia no proviene de la perfección moral de sus miembros.

Los hombres son pecadores y necesitan arrepentirse continuamente. Sin embargo, la Iglesia permanece santa porque su Cabeza es Cristo, porque el Espíritu Santo habita en ella y porque en ella actúa constantemente la gracia santificadora.

Toda la vida de la Iglesia conduce a la santificación.

Los Santos Misterios comunican la gracia divina.

La oración purifica el corazón.

El ayuno fortalece el alma.

La limosna vence el egoísmo.

La Divina Liturgia anticipa el Reino de los Cielos.

La santidad de la Iglesia se manifiesta de modo especial en los santos. Ellos son la prueba viviente de que el Evangelio puede ser plenamente realizado. En cada época, el Espíritu Santo suscita hombres y mujeres que reflejan la luz de Cristo y muestran el verdadero destino del ser humano: la unión con Dios.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Iglesia es católica

La palabra «católica» significa «universal», «íntegra», «completa». No designa una denominación particular, sino la plenitud de la fe.

La Iglesia es católica porque conserva íntegramente la enseñanza de Cristo sin añadir ni quitar nada al depósito recibido de los Apóstoles.

Es también universal porque está llamada a reunir en Cristo a hombres de toda lengua, pueblo y nación.

Dondequiera que se celebre la Divina Liturgia conforme a la fe apostólica, allí está presente toda la Iglesia. Una pequeña comunidad reunida alrededor de su obispo participa plenamente de la misma Iglesia que existe desde Pentecostés.

La universalidad de la Iglesia no depende de su tamaño ni de su influencia en el mundo, sino de la plenitud de la gracia que posee.

La Iglesia es apostólica

La Iglesia permanece edificada sobre el fundamento de los Santos Apóstoles.

Ellos recibieron directamente de Cristo la misión de predicar el Evangelio, celebrar los Santos Misterios y pastorear al pueblo de Dios.

Esta misión continúa mediante la sucesión apostólica. Los obispos reciben, por la imposición de las manos, el mismo ministerio transmitido desde los Apóstoles hasta nuestros días.

La sucesión apostólica no consiste únicamente en una continuidad histórica de ordenaciones. Debe ir unida inseparablemente a la fidelidad doctrinal. Una línea ininterrumpida de consagraciones carecería de valor si abandonara la fe apostólica.

Por eso la Iglesia custodia con tanto celo el depósito recibido, rechazando toda innovación que altere la enseñanza transmitida por Cristo y confirmada por los Santos Padres.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La Iglesia como Arca de salvación

Los Santos Padres compararon frecuentemente la Iglesia con el Arca de Noé.

Así como el arca preservó la vida durante el diluvio, la Iglesia conduce a los hombres a través de las tempestades del mundo hacia el Reino eterno.

Fuera de ella el hombre puede encontrar semillas de verdad, pero únicamente en la Iglesia permanece la plenitud de los medios de salvación: la verdadera fe, los Santos Misterios y la vida de la gracia.

Sin embargo, la Iglesia nunca deja de orar por todo el mundo. Su misión es llamar a todos los hombres al conocimiento de la verdad y conducirlos a Cristo con paciencia, amor y misericordia.

Amar a la Iglesia

No es posible amar verdaderamente a Cristo despreciando a su Iglesia.

Ella es nuestra Madre espiritual. En ella nacemos por el Bautismo, somos alimentados por la Eucaristía, somos reconciliados mediante la Confesión y somos acompañados hasta el último momento de nuestra vida terrena.

Amar a la Iglesia significa permanecer fieles a su fe, obedecer su enseñanza, participar de su vida litúrgica y servir humildemente a nuestros hermanos.

La Iglesia continúa peregrinando en este mundo entre persecuciones y pruebas, pero jamás será vencida. El Señor mismo prometió:

«Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.»

Con esta certeza, los fieles atraviesan las dificultades de la historia sin perder la esperanza, sabiendo que Cristo permanece para siempre en medio de su Iglesia y que el Espíritu Santo la guía hasta la consumación de los siglos.

Con mucho gusto, Excelencia. El siguiente artículo del Credo es: **«Confieso un solo Bautismo para la remisión de los pecados»**. Éste puede constituir el **Capítulo XIII** de su libro.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo XIII

«Confieso un solo Bautismo para la remisión de los pecados»

Después de proclamar la fe en la Iglesia, el Credo dirige nuestra atención hacia la puerta de entrada a la vida cristiana: el Santo Bautismo. No dice simplemente «creo en el Bautismo», sino «confieso un solo Bautismo», porque el Bautismo no es una opinión ni un símbolo, sino un misterio divino recibido de Cristo y transmitido por los Santos Apóstoles.

Por medio del Bautismo, el hombre muere al pecado y nace a una vida nueva en Cristo. No se trata de una transformación exterior, sino de un verdadero renacimiento espiritual, realizado por la gracia del Espíritu Santo. El Señor mismo declaró a Nicodemo:

«En verdad, en verdad te digo: el que no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios.»

Estas palabras constituyen el fundamento de la doctrina bautismal de la Iglesia. El Bautismo no es una ceremonia de iniciación ni una simple manifestación pública de fe. Es el nacimiento del hombre nuevo, la restauración de la imagen de Dios oscurecida por el pecado y el comienzo de una existencia vivida en comunión con Cristo.

Instituido por el Señor

Antes de su Ascensión, el Salvador confió a los Apóstoles la misión de bautizar a todas las naciones:

«Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.»

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Desde entonces, la Iglesia jamás ha dejado de administrar este Santo Misterio. Allí donde se anuncia el Evangelio, el Bautismo abre las puertas de la Iglesia y hace del creyente un miembro del Cuerpo de Cristo.

No es la Iglesia quien inventó el Bautismo; es Cristo quien lo instituyó como medio ordinario de incorporación a su Reino.

Un solo Bautismo

El Credo afirma con claridad: «un solo Bautismo».

El Apóstol enseña: «Un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo.»

Este Sacramento imprime un sello espiritual que no puede repetirse. Así como una persona nace una sola vez a la vida natural, también nace una sola vez a la vida sobrenatural.

Por ello, la Iglesia nunca ha considerado el Bautismo como un rito repetible. Aun cuando un cristiano caiga gravemente en el pecado, no necesita un nuevo Bautismo, sino un sincero arrepentimiento manifestado en el Santo Misterio de la Confesión.

La inmersión en las aguas

Desde los tiempos apostólicos, la forma ordinaria del Bautismo ha sido la triple inmersión en el agua, realizada en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La inmersión expresa la participación del bautizado en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo.

Al descender a las aguas, el hombre viejo queda sepultado con Cristo.

Al salir de ellas, nace una nueva criatura iluminada por la gracia.

Por esta razón, la tradición ortodoxa ha conservado cuidadosamente la inmersión como la forma plena del Bautismo, pues manifiesta con toda claridad el simbolismo y la realidad espiritual del Sacramento.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Para la remisión de los pecados

El Bautismo concede el perdón de todos los pecados cometidos antes de recibirlo. En el caso de los adultos, son perdonados todos los pecados personales de los que se hayan arrepentido sinceramente.

En los niños, el Bautismo los libera del pecado ancestral heredado de Adán y los incorpora desde el comienzo a la vida de la Iglesia.

Sin embargo, el Bautismo no elimina la libertad humana ni la posibilidad de volver a pecar. La inclinación al mal permanece como un campo de combate espiritual, para que el cristiano crezca en humildad, obediencia y amor a Dios.

Por ello, toda la vida cristiana es un desarrollo de la gracia recibida en el Bautismo.

El Bautismo y la iluminación

Los Santos Padres llamaban al Bautismo «la Santa Iluminación».

Quien es bautizado recibe la luz de Cristo y deja atrás las tinieblas del pecado.

En la Iglesia antigua, los recién bautizados vestían una túnica blanca durante varios días como signo de la pureza recibida. Esa vestidura simbolizaba el llamado permanente a conservar intacta la gracia bautismal mediante una vida de oración, arrepentimiento y fidelidad.

Cada cristiano está llamado a mantener limpia esa vestidura espiritual hasta el día en que comparezca ante el Señor.

Bautismo, Crismación y Eucaristía

En la tradición ortodoxa, el Bautismo no aparece aislado.

Inmediatamente después del Bautismo, el nuevo cristiano recibe el Santo Misterio de la Crismación, mediante el cual es sellado con el don del Espíritu Santo.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

A continuación, participa por primera vez de la Divina Eucaristía.

Estos tres Misterios forman una única iniciación cristiana.

Así como el recién nacido necesita alimento para vivir, también el recién bautizado necesita alimentarse del Cuerpo y la Sangre de Cristo para crecer en la vida espiritual.

Vivir el Bautismo cada día

El Bautismo no pertenece únicamente al pasado.

Cada día el cristiano está llamado a renovar las promesas bautismales, rechazando a Satanás, combatiendo las pasiones y permaneciendo unido a Cristo.

Toda la vida espiritual consiste, en cierto modo, en hacer fructificar la gracia recibida en la fuente bautismal.

Los ayunos, la oración, la Confesión, la comunión frecuente y las obras de misericordia no sustituyen al Bautismo; son el desarrollo natural de la vida nueva que comenzó en él.

Cuando confesamos: «Confieso un solo Bautismo para la remisión de los pecados» proclamamos que Dios ofrece gratuitamente al hombre un nuevo nacimiento.

Por el agua y el Espíritu somos hechos hijos adoptivos del Padre, miembros del Cuerpo de Cristo y templos del Espíritu Santo.

Desde ese momento comienza el camino de la santificación, un camino que dura toda la vida y que encuentra su plenitud en el Reino de los Cielos.

El Bautismo no es el final de la conversión, sino su comienzo. Es la puerta por la cual entramos en la Iglesia, la fuente de donde brota toda la vida sacramental y el fundamento sobre el cual se edifica la existencia cristiana hasta el día en que el Señor nos llame a participar de la gloria eterna.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo XIV

«Espero la resurrección de los muertos»

Después de confesar el Bautismo, el Credo dirige nuestra mirada hacia la esperanza definitiva del cristiano: la resurrección universal.

La fe ortodoxa no termina en la muerte. Tampoco considera la salvación como la liberación del alma de un cuerpo considerado una prisión. Dios creó al hombre como una unidad de alma y cuerpo, y ambos están llamados a participar de la gloria del Reino.

Por ello confesamos con firmeza: «Espero la resurrección de los muertos.» No decimos simplemente que el alma vivirá después de la muerte, pues esto ya era conocido por muchos pueblos antiguos. La novedad del Evangelio es la proclamación de que el hombre entero será restaurado por el poder de Dios, siguiendo el ejemplo de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

La resurrección de Cristo constituye la garantía de nuestra propia resurrección. Como proclama el Apóstol San Pablo:

«Si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe.»

Pero Cristo ha resucitado verdaderamente, y en Él la muerte ha sido vencida para siempre.

La muerte no fue creada por Dios

En el principio, Dios creó al hombre para la inmortalidad. La muerte no formaba parte de su designio. Entró en el mundo como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, separando el alma del cuerpo y sometiendo la creación a la corrupción.

Sin embargo, aquello que el pecado introdujo en el mundo fue transformado por Cristo en un camino hacia la vida eterna. Mediante su

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Cruz y su Resurrección, el Señor destruyó el dominio de la muerte y abrió para todos los hombres las puertas del Paraíso.

Por eso la Iglesia contempla la muerte con seriedad, pero no con desesperación. Para el creyente, la muerte ya no es el final de la existencia, sino el paso hacia la vida venidera.

¿Qué ocurre después de la muerte?

Cuando una persona muere, el alma se separa del cuerpo y comparece ante Dios. La Iglesia ora fervientemente por los difuntos, implorando la misericordia divina y el descanso de sus almas en la luz del rostro de Cristo.

La tradición ortodoxa distingue entre este estado intermedio y la plenitud que llegará con la resurrección universal. Los santos gozan ya de la cercanía de Dios, mientras esperan, junto con toda la creación, la restauración definitiva de todas las cosas.

Por esta razón, la Iglesia nunca deja de conmemorar a sus hijos difuntos. La Divina Liturgia, las panijidas y las oraciones particulares manifiestan nuestra comunión con quienes han partido en la esperanza de la resurrección.

La resurrección del cuerpo

Al final de los tiempos, cuando Cristo vuelva en gloria, todos los muertos resucitarán.

No resucitará otro cuerpo distinto del que tuvimos, sino este mismo cuerpo, transformado y glorificado por el poder de Dios. Así como una semilla sembrada en la tierra brota convertida en una planta llena de vida, también nuestro cuerpo será revestido de incorruptibilidad.

El Apóstol San Pablo enseña:

«Se siembra en corrupción; resucita en incorrupción. Se siembra en deshonra; resucita en gloria.»

Será un cuerpo real, pero ya no estará sometido a la enfermedad, al sufrimiento ni a la muerte. Participará de la gloria del Cristo resucitado.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

La esperanza de los cristianos

El cristiano no teme la resurrección, sino que la espera con alegría.

Cada domingo, día de la Resurrección, anticipa litúrgicamente esa victoria definitiva. Cada celebración pascual proclama con fuerza:

«Cristo ha resucitado de entre los muertos, pisoteando la muerte con la muerte, y concediendo la vida a los que estaban en los sepulcros.»

Este himno resume toda la esperanza cristiana.

La resurrección futura no será un acontecimiento aislado, sino la consumación de la Pascua de Cristo, en la cual toda la creación será renovada.

La preparación para la resurrección

Esperar la resurrección no significa permanecer pasivos. Cada día prepara la eternidad. Cada oración fortalece el alma. Cada acto de amor permanece para siempre. Cada arrepentimiento sincero purifica el corazón.

Los Santos Padres enseñan que la vida presente es el tiempo concedido por Dios para adquirir el Espíritu Santo. Quien aprende aquí a vivir en comunión con Dios comenzará ya en esta vida aquello que alcanzará su plenitud en el Reino.

Por eso la Iglesia exhorta continuamente a la vigilancia espiritual. La muerte puede llegar en cualquier momento, pero para quien vive unido a Cristo, ella no representa una derrota, sino el comienzo del encuentro con Aquel a quien ha amado durante toda su vida.

La esperanza de la Iglesia

Cuando la Iglesia acompaña a un fiel hasta su sepultura, no pronuncia palabras de desesperación.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Ora para que Cristo conceda descanso al alma del difunto y espera el día en que sonará la trompeta del Arcángel, los sepulcros se abrirán y todos compareceremos ante el Señor.

Los cementerios cristianos son lugares de espera. En ellos descansan los cuerpos de los fieles como semillas depositadas en la tierra, aguardando la mañana de la resurrección.

Por esta razón, la Iglesia rodea con respeto el cuerpo de los difuntos, lo incienso, lo bendice y lo acompaña con himnos de esperanza, confesando que la muerte no tiene la última palabra.

Cuando recitamos: «Espero la resurrección de los muertos», proclamamos una esperanza que transforma toda nuestra existencia.

Sabemos que el cuerpo, santificado por los Santos Misterios y consagrado como templo del Espíritu Santo, está destinado a resucitar glorioso.

Esta certeza sostiene al cristiano en medio del sufrimiento, le da fortaleza frente a la muerte y lo impulsa a vivir con los ojos puestos en el Reino de Dios. Así, cada vez que contemplamos una tumba, recordamos las palabras del Salvador:

«Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá.»

Ésta es la esperanza de la Iglesia. Ésta es la victoria de Cristo. Ésta es la fe que confesamos hasta el último aliento de nuestra vida.

Con mucho gusto, Excelencia. Llegamos al último artículo del Credo. No es simplemente una frase final, sino la culminación de toda la fe cristiana. El Credo comienza en la eternidad de Dios y concluye en la eternidad del hombre unido a Dios. Este capítulo puede servir también como conclusión de su libro.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo XV

«Y la vida del siglo venidero. Amén.»

Con estas últimas palabras, el Credo concluye la confesión de la fe de la Iglesia. Después de proclamar la creación del mundo, la Encarnación del Hijo de Dios, su Pasión, Resurrección, Ascensión, la Segunda Venida, la acción del Espíritu Santo, la Iglesia, el Bautismo y la resurrección de los muertos, la mirada del creyente se dirige finalmente hacia la meta de toda la historia: la vida del siglo venidero.

No esperamos únicamente una existencia sin fin. Esperamos una vida nueva, plenamente transformada por la presencia de Dios. La eternidad prometida por Cristo no consiste simplemente en que el tiempo continúe indefinidamente; es una forma de existencia en la que ya no habrá muerte, pecado, corrupción ni separación del Creador.

El Reino de Dios, anunciado por los profetas, inaugurado por Cristo y anticipado en la Divina Liturgia, alcanzará entonces su plenitud. Todo cuanto ahora contemplamos como en un espejo será visto cara a cara. La fe dará paso a la visión, la esperanza al cumplimiento y el combate espiritual al descanso eterno.

El siglo venidero

Las Sagradas Escrituras distinguen entre «este siglo» y «el siglo venidero».

Este siglo está marcado por la fragilidad, el sufrimiento y la lucha contra el pecado. Es el tiempo del arrepentimiento, de la fe y de la paciencia.

El siglo venidero será el tiempo de la manifestación plena de la gloria de Dios. Allí los justos vivirán para siempre en comunión con la Santísima Trinidad, unidos a los ángeles y a todos los santos.

La Iglesia nunca ha descrito esta realidad como un lugar de ocio o de inactividad. La vida eterna es una participación incesante en la vida divina,

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

una contemplación siempre nueva de la belleza infinita de Dios, un crecimiento eterno en el amor y en la luz.

Los Santos Padres enseñan que, aun en la eternidad, el hombre continuará profundizando sin fin en el conocimiento de Dios, porque el Infinito jamás podrá ser agotado por una criatura.

La visión de Dios

El mayor bien del Reino no consiste en las recompensas prometidas, sino en Dios mismo.

El Señor dijo: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»

Esta visión no debe entenderse en un sentido material. Dios permanece incomprensible en su esencia. Sin embargo, los santos participarán eternamente de sus energías divinas, siendo iluminados y transformados por su gloria.

La tradición ortodoxa llama a esta participación **theosis**, o deificación. No significa que el hombre llegue a ser Dios por naturaleza, sino que participa por gracia en la vida divina.

Éste ha sido siempre el propósito de la Encarnación. Como enseñaba San Atanasio el Grande: «Dios se hizo hombre para que el hombre llegara a ser dios por la gracia.»

Toda la vida cristiana prepara al hombre para esta comunión eterna.

La Divina Liturgia y el Reino futuro

La Divina Liturgia constituye la imagen más perfecta del Reino de los Cielos que podemos experimentar en esta vida.

Cuando el sacerdote proclama: «Bendito sea el Reino del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo...»

la Iglesia entra sacramentalmente en la realidad celestial.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

El altar representa el trono divino, los himnos se unen al canto de los ángeles, los fieles participan anticipadamente del banquete eterno mediante el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Por ello los Santos Padres llamaban a la Liturgia «el cielo sobre la tierra».

Cada celebración eucarística fortalece nuestra esperanza y nos recuerda que somos peregrinos, llamados a una patria que no pertenece a este mundo.

Vivir con los ojos puestos en la eternidad

El recuerdo constante de la vida futura transforma toda la existencia cristiana.

Quien espera el Reino aprende a valorar las cosas temporales sin convertirse en su esclavo, el sufrimiento adquiere un nuevo sentido, la pobreza puede vivirse con paz, las persecuciones no destruyen la esperanza, la muerte pierde su poder.

Los santos vivían de esta manera. Su alegría no dependía de las circunstancias presentes, sino de la certeza de que Cristo había preparado para ellos una morada eterna.

Por eso el cristiano procura ordenar toda su vida hacia el Reino de Dios, Cada oración es un paso hacia la eternidad, cada acto de misericordia permanece para siempre, cada combate contra las pasiones prepara el alma para contemplar el rostro de Cristo.

El significado de «Amén»

El Credo termina con una sola palabra: «Amén.»

Esta palabra hebrea significa: «Así es», «Es verdad», «Que así sea».

No es simplemente una fórmula para concluir una oración. Es el sello de toda la fe de la Iglesia.

Con el «Amén», el creyente hace suya la confesión del Credo. Declara que acepta íntegramente la fe apostólica, que desea vivir conforme a ella y que

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

espera alcanzar, por la misericordia de Dios, aquello que acaba de proclamar.

Cada vez que pronunciamos esta palabra, renovamos nuestra adhesión a Cristo y a su Iglesia.

Què es el Credo?

El Credo Niceno-Constantinopolitano no es solamente un resumen de doctrinas. Es el camino de la salvación expresado en unas pocas líneas inspiradas por el Espíritu Santo y confirmadas por los Santos Concilios Ecuménicos.

En él aprendemos quién es Dios, quién es Cristo, quién es el Espíritu Santo, qué es la Iglesia, cómo somos salvados y cuál es nuestro destino eterno.

Por eso la Iglesia lo canta en cada Divina Liturgia antes del Santo Sacrificio. Antes de acercarnos al Misterio de la Eucaristía, proclamamos públicamente la fe que hemos recibido de los Apóstoles y que estamos llamados a transmitir íntegra a las generaciones futuras.

Que el Credo no permanezca solamente en nuestros labios, sino que descienda a nuestro corazón. Que ilumine nuestro pensamiento, fortalezca nuestra voluntad y transforme toda nuestra vida.

Y cuando llegue el momento de comparecer ante el Señor, podamos repetir con paz las últimas palabras de esta santa confesión:

«Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero. Amén.»

Entonces la fe dará paso a la visión, la esperanza al cumplimiento y el amor permanecerá para siempre en el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a quienes sea toda gloria, honor y adoración, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Amén.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Capítulo XVI

La visión de un monje

El Credo no se estudia solamente; se vive.

El monje no recita el Credo como una fórmula aprendida de memoria. Cada artículo es una experiencia que se convierte en oración, combate espiritual y esperanza. La teología nace de la adoración y conduce nuevamente a ella.

I. Todo comienza en Dios

El monje descubre que toda su vida tiene un solo origen: el Padre celestial.

Abandona el mundo no porque lo desprecie, sino porque busca al único necesario. Aprende que toda seguridad humana es pasajera y que únicamente Dios permanece.

II. Cristo, el centro de toda existencia

La vida monástica consiste en seguir a Cristo.

Su pobreza inspira la pobreza voluntaria.

Su obediencia inspira la obediencia monástica.

Su humildad destruye el orgullo.

Su Cruz se convierte en el camino hacia la Resurrección.

III. El Espíritu Santo, maestro del silencio

El Espíritu Santo enseña al monje aquello que ningún libro puede comunicar. En el silencio de la celda aprende a escuchar la voz de Dios.

La oración de Jesús purifica lentamente el corazón hasta hacerlo sensible a la gracia.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

IV. La Iglesia: mi verdadera familia

El monje puede vivir solo, pero jamás separado de la Iglesia, cada Divina Liturgia es el centro de su existencia, ama los Santos Misterios más que cualquier posesión, obedece a la Tradición porque sabe que en ella habla el Espíritu Santo.

V. La lucha invisible

El Credo no elimina el combate espiritual.

Cada día el monje libra una batalla contra el orgullo, la ira, la vanidad, el juicio hacia los demás, la desesperación y el amor propio.

Comprende que el verdadero enemigo no está fuera de él, sino en su propio corazón.

VI. El arrepentimiento como forma de vida

El monje nunca deja de convertirse, las lágrimas del arrepentimiento no son señal de desesperación, sino del encuentro con la misericordia divina.

Cada caída puede convertirse en un nuevo comienzo cuando existe humildad.

VII. La Divina Liturgia anticipa el Reino

En el altar desaparece la distancia entre el cielo y la tierra, los ángeles sirven invisiblemente, los santos oran con la Iglesia, Cristo se entrega nuevamente como alimento de vida eterna, el monje aprende que la verdadera vida comienza en el altar.

VIII. La muerte deja de producir miedo

Quien vive diariamente recordando a Cristo no teme el momento de partir.

La muerte es la última obediencia, es el paso hacia el encuentro esperado durante toda la vida, por eso los antiguos monjes repetían: "Guarda cada día el recuerdo de la muerte y vivirás sabiamente."

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

IX. Esperando la Segunda Venida

El monje vive como si Cristo pudiera llamar hoy mismo, no calcula fechas, no teme las persecuciones, no busca señales extraordinarias, simplemente procura que la lámpara de su alma permanezca encendida.

X. La verdadera riqueza

Al final de la vida, nada permanece, no permanecen los títulos, no permanecen los bienes, no permanece la fama, sólo permanecen: la fe, la esperanza, el amor, la misericordia, la humildad, y la gracia de Dios.

XI. El último pensamiento

Cuando el monje contempla toda su vida, comprende que el Credo entero puede resumirse en una sola certeza: Dios nos amó primero.

Todo comenzó con ese amor, toda la historia de la salvación nació de ese amor, toda la vida espiritual consiste en responder a ese amor, y toda la eternidad será vivir en ese amor.

Cuando llegue la última hora, el monje ya no tendrá necesidad de muchas palabras, bastará hacer lentamente la señal de la Cruz, mirar el icono de Cristo, y repetir con paz: "Creo, Señor. Aumenta mi fe."

Entonces el Credo dejará de ser una confesión pronunciada con los labios para convertirse en una realidad contemplada cara a cara.

Porque la fe dará paso a la visión.

La esperanza al cumplimiento.

Y el amor permanecerá eternamente en el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

INDICE

PALABRAS INICIALES	1
Capítulo I	2
«Creo en un solo Dios, Padre»	2
La confesión del principio de toda la fe ortodoxa	2
«En un solo Dios»	2
La unidad de Dios no contradice la Trinidad	3
El Padre eterno del Hijo eterno	4
Padre de quienes reciben la adopción	5
La paternidad divina y la providencia	5
La respuesta del creyente	6
Capítulo II	7
«Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible e invisible»	7
«Padre Omnipotente»	7
Dios, Creador de todas las cosas	8
«Del cielo y de la tierra»	9
Todo lo visible	9
Todo lo invisible	10
La Providencia divina	11
La creación y la responsabilidad del hombre	12
La confianza en el Padre Todopoderoso	12
CAPÍTULO III	14
«Y en un solo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, Unigénito»	14
«Y en un solo Señor»	14
El Nombre de Jesús	16
«Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.»	16
El título de Cristo	17
CAPÍTULO III	18
«El Hijo de Dios»	18
La revelación del Padre	19
«Unigénito»	20
La generación eterna del Hijo	21
El testimonio de los Santos Padres	22
Nuestra filiación y la de Cristo	23

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

CAPÍTULO III	25
«Engendrado del Padre antes de todos los siglos»	25
La generación no implica inferioridad	26
«Luz de Luz»	27
«Engendrado, no creado»	29
«Consustancial al Padre»	30
CAPÍTULO IV	32
«Por quien todas las cosas fueron hechas»	32
El testimonio del Evangelio según San Juan	32
El testimonio de San Pablo	33
La obra común de la Santísima Trinidad	34
La sabiduría creadora del Verbo	34
La creación como manifestación del amor divino	35
Cristo y la nueva creación	35
CAPÍTULO V	37
«Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos»	37
«Por nosotros los hombres»	38
«Por nuestra salvación»	39
La deificación del hombre	40
«Descendió de los cielos»	41
El descenso como acto de humildad	42
La Encarnación inaugura la nueva creación	42
CAPÍTULO VI	44
«Y se encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María, y se hizo hombre»	44
Contra el docetismo	45
El Espíritu Santo en la Encarnación	46
La cooperación libre de la Virgen María	46
«De la Virgen María»	47
La perpetua virginidad de María	48
La Santísima Virgen como Theotokos	49
CAPÍTULO VII	50
«...Y se hizo hombre»	50
El misterio inefable de la Encarnación	50
Verdadero Dios y verdadero hombre	50
La unión hipostática	51
«Sin confusión y sin cambio»	52

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Sin división y sin separación»	52
La importancia de esta doctrina	53
La obediencia del Nuevo Adán	53
Cristo santifica la naturaleza humana	54
La humanidad glorificada de Cristo	55
La respuesta del creyente	55
CAPÍTULO VII	57
«Y fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado»	57
«Y fue crucificado por nosotros»	57
La Cruz, signo del amor divino	58
La obediencia del Nuevo Adán	59
«Bajo Poncio Pilato»	59
«Padeció»	60
La Cruz y la victoria sobre la muerte	61
«Y fue sepultado»	61
La Cruz en la vida del cristiano	62
CAPÍTULO VIII	63
«Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras»	63
«Y resucitó»	63
La victoria sobre la muerte	64
«Al tercer día»	65
«Conforme a las Escrituras»	65
El sepulcro vacío	66
La Resurrección y nuestra salvación	67
La Pascua como centro de la vida de la Iglesia	68
CAPÍTULO IX	69
«Y subió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre»	69
La Ascensión, culminación de la obra redentora	69
La glorificación de la naturaleza humana	70
«Está sentado a la derecha del Padre»	70
Cristo, Rey del universo	71
Cristo, nuestro Sumo Sacerdote	72
Cristo intercede por nosotros	72
La promesa de su retorno	73
La Ascensión y la vida espiritual	73
Capítulo X	75

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

«Y de nuevo ha de venir con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin»	75
Vendrá con gloria	75
Para juzgar a los vivos y a los muertos	76
La vigilancia cristiana	76
Su Reino no tendrá fin	77
Una esperanza que transforma la vida	77
Los signos de la Segunda Venida	78
El Anticristo	78
La resurrección universal	79
El Juicio Final	79
El cielo y la tierra nuevos	79
La espera del monje	80
Capítulo XI	82
«Y en el Espíritu Santo, Señor, Vivificador, que procede del Padre; que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado; que habló por los profetas»	82
El Espíritu Santo es Señor	82
El Vivificador	83
Que procede del Padre	83
Con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado	84
Que habló por los profetas	84
Capítulo XII	85
«En una, santa, católica y apostólica Iglesia»	85
La Iglesia es una	85
La Iglesia es santa	86
La Iglesia es católica	87
La Iglesia es apostólica	87
La Iglesia como Arca de salvación	88
Amar a la Iglesia	88
«Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.»	88
Capítulo XIII	89
«Confieso un solo Bautismo para la remisión de los pecados»	89
Instituido por el Señor	89
Un solo Bautismo	90
La inmersión en las aguas	90

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Para la remisión de los pecados	91
El Bautismo y la iluminación	91
Bautismo, Crismación y Eucaristía	91
Vivir el Bautismo cada día	92
Capítulo XIV	93
«Espero la resurrección de los muertos»	93
La muerte no fue creada por Dios	93
¿Qué ocurre después de la muerte?	94
La resurrección del cuerpo	94
La esperanza de los cristianos	95
La preparación para la resurrección	95
La esperanza de la Iglesia	95
Capítulo XV	97
«Y la vida del siglo venidero. Amén.»	97
El siglo venidero	97
La visión de Dios	98
La Divina Liturgia y el Reino futuro	98
Vivir con los ojos puestos en la eternidad	99
El significado de «Amén»	99
¿Qué es el Credo?	100
Capítulo XVI	101
La visión de un monje	101
El Credo no se estudia solamente; se vive.	101
I. Todo comienza en Dios	101
II. Cristo, el centro de toda existencia	101
III. El Espíritu Santo, maestro del silencio	101
IV. La Iglesia: mi verdadera familia	102
V. La lucha invisible	102
VI. El arrepentimiento como forma de vida	102
VII. La Divina Liturgia anticipa el Reino	102
VIII. La muerte deja de producir miedo	102
IX. Esperando la Segunda Venida	103
X. La verdadera riqueza	103
XI. El último pensamiento	103
Acerca del autor	109

NUESTRA CONFESIÓN DE FÉ

Acerca del autor



Su Excelencia Reverendísima +Basilio, nacido en Santiago de Chile, en una familia papista, fue bautizado y educado en la fe por sus abuelitos.

Su educación primaria fue en colegios americanos en Santiago, donde aprendió inglés, su educación secundaria fue en un liceo donde se graduó y luego ingresó a la universidad. Trabaja como procurador en empresas públicas por un tiempo y se da cuenta que eso no es lo que Dios quiere para él, por lo que comienza a trabajar en Informática, logrando escalar posiciones y convertirse en gerente de Tecnología en Marriott Chile, a los 29 años decide buscar el camino de Dios y entra en la vida monástica en el Monasterio Benedictino de Lliu-Lliu, después de estudiar la teología, se desilusiona de la iglesia por lo que le toca vivir y ver, vuelve a trabajar en Tecnología una vez más logrando puestos directivos y decide volver al camino de la fe y busca ser aceptado en la Santa Iglesia Ortodoxa, recibiendo el Santo Bautismo con el nombre de Basilio, estudia Teología Ortodoxa y es ordenado como diácono y más tarde recibe la tonsura monástica y ordenación sacerdotal, luego de varios años recibe el Gran Esquema y es hecho Archimandrita.

El 13 de enero de 2020 según el calendario antiguo es ordenado Obispo de Santiago y todo Chile.

El 13 de Febrero del 2025 es entronizado como Arzobispo Metropolitano de Santiago y todo Chile.

Actualmente vive en soledad en el Skete San Basilio del cual es Abad en Curacavi, Región Metropolitana, Chile y dedica su vida a la oración, a mostrar la belleza de la Santa Iglesia Ortodoxa y a la Dirección Espiritual.